



EL ÚLTIMO DE LOS MAILLEPRÉ,

ó

LOS AMORES DE PARIS.



THE UNIVERSITY OF TORONTO

0

THE UNIVERSITY OF TORONTO

EL ÚLTIMO DE LOS MALLEPRÉ,

6



LOS AMORES DE PARIS;

novela escrita en francés

POR

PAUL FEVAL,

y traducida al castellano

POR

D. A. C. G.

TOMO VII.

SEVILLA: 1854.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7.

AL ESTILO DE LOS MANUSCRITOS

LOS AMORES DE PARIS

En un volumen de 120 páginas

por

PAUL FLORES

Traducido al castellano

por

M. A. G. G.

TOMO VII

SEVILLA 1871

Imprenta de Gómez, a cargo de D. J. L.
Francisco, calle de la Muela num. 7.

II.

Roby.

De ordinario se evitaba cuidadosamente el dejar así al viejo entregado á sí propio. Pero lo que acababa de ver M. Williams, era para él un misterio inesplicable. Quería buscar la clave de aquel enigma ofrecido súbitamente á su inteligencia, y que se enlazaba estrechamente al objeto mas formal de toda su vida.

De dónde procedía aquella caja que la Duquesa habia traído consigo desde América? Habia vuelto á ver Oguah á la Duquesa? á ella ó á sus nietos? en dónde estaban? Este era el misterio.

M. Williams queria emplear todos los medios conducentes para sorprenderle.

Una de las puertas de la biblioteca, la misma que daba enfrente de la cama de Oguah, tenia un agugerito circular cerrado por un vidrio. Aquello era una especie de punto de vigilancia, como los que hay en los colegios y en las cárceles y que era allí harto necesario atendiendo á la situacion del gran gefe.

M. Williams, en vez de retirarse, se puso en observacion tras de la puerta mirando atentamente por el agujero.

Durante algunos minutos, Oguah continuó cantando y fumando. Su inmovilidad era completa. Solo sus ojos se dirigian furtivamente alrededor, á través de sus párpados medio caidos, como si él hubiese adivinado vagamente la oculta vigilancia que le rodeaba.

Desde fuera se sentia su canto acompasado y monótono, que ora subia ronco y gutural, ora bajaba hasta confundirse con un murmullo.

Al cabo de un cuarto de hora, el gran gefe dejó su pipa encendida aun, y puso el oido junto al suelo para escuchar.

Luego se tendió bruscamente sobre la manta, y recobró la caja de oro que habia ocultado antes bajo las pajas, á la aproximacion de

M. Williams.

Colocóla abierta en el mismo lugar y puso por delante de ella su cabeza y sus manos.

M. VWilliams vió como antes estremecerse sus labios, correr sus lágrimas, y agitarse todo su cuerpo por violentas convulsiones de angustia. Oyó hasta el eco amortiguado de sus sollozos.

Pero érale imposible percibir sus palabras.

Asi se pasó todavía otro cuarto de hora. Al cabo de este tiempo, M. VWilliams vió á Oguah rechazar la caja de oro con un gesto desdeñoso, como hacentos niños con un juguete de que se han fastidiado ya.

Los ojos del gran gefe recobraron su inmovilidad vidriosa.

Levantóse luego á toda su altura. Sus miradas parecian examinar la puerta, los músculos de su rostro se estendieron, y M. VWilliams escuchó una rechinante carcajada que terminó con un largo ahullido...

Asi comenzaban ordinariamente los accesos de furor que acometian al gran gefe.

Se preparaba M. VWilliams á entrar, cuando le vió rechazar con el pié la caja de oro, escondiéndola entre la paja, y echarse despues boca abajo para arrastrarse silenciosamente hácia la puerta.

M. VVilliams, reprimiendo su primer movimiento, se apegó mudo á la pared.

Aun no habia anochecido completamente, pero ya los objetos se perdian entre la oscuridad.

La puerta que ocultaba á M. VVilliams se abrió sin el menor ruido al cabo de algunos segundos. El gran gefe sacó la cabeza por fuera y se detuvo á escuchar.

M. VVilliams contenia su respiracion.

Oguah, no oyendo nada que pudiese inquietarle, echóse á reir y se arrastró suavemente á lo largo del corredor.

M. VVilliams le dejó tomar delantera y le siguió de lejos, siempre apegado á la pared.

Al fin del corredor habia una pieza deshabitada donde se apiñaban algunos muebles viejos, abandonados sin duda por los antiguos dueños del palacio.

M. VVilliams no habia entrado nunca en aquella habitacion situada al extremo de un callejon estrecho y sombrío que comunicaba con el jardin.

Oguah se introdujo sin vacilar en aquella habitacion, la atravesó, y penetró en el callejon.

Le siguió M. VVilliams asombrado de verle tomar aquel camino que era desconocido pa-

ra él mismo.

Misteriosas sospechas asaltaron su espíritu. Recordaba involuntariamente aquella estraña semejanza entre el retrato del Duque Juan de Maillepré, y el hermoso mancebo que habitaba al otro lado del patio.

Despues de penetrar en el sombrío corredor, el gran gefe en lugar de dirigirse hácia el jardin, volvió la espalda y continuó su camino en medio de la mas completa obscuridad.

M. VWilliams le seguia de lejos, palpando las húmedas paredes, y con el corazon oprimido por un presentimiento.

Al cabo de un minuto, oyó abrirse una puerta delante de él, y un débil reflejo iluminó el extremo de la galería.

Aquella puerta era la del dormitorio de Gaston. El callejon en que se encontraba medio perdido M. VWilliams, era el camino que seguia Bertø para dirigirse á la salida de la calle de Paienne, y el mismo que habia tomado Denisart la noche anterior para penetrar hasta donde se hallaba dormida la pobre Santa...

M. VWilliams entre tanto, habia dejado de ver y de oír á Oguah.

Apresuró el paso para alcanzarle, atravesó la meseta de una escalera, dos habitacio-

nes solitarias, y se encontró al fin en una cámara colgada de seda iluminada por una lámpara y en medio de la cual estaba Oguah hincado de rodillas y sostenido sobre sus manos.

Oguah en aquella actitud parecía un reo que aguarda su sentencia. Estaba delante de una muger, ya en el último periodo de la ancianidad que se mantenía inmóvil y erguida en su sillón de brazos, y sin ver al gran gefe.

En aquella habitacion reinaba un calor sofocante, que ahogaba á M. Williams.

Cerca de la anciana, y en el alfeizar de un balcon, se hallaba una jóven sentada sobre un cogen y con la cabeza sostenida en la pared. Esta jóven á quien las cortinas ocultaban casi del todo, estaba vestida de blanco y tan pálida como una estatua de mármol.

No se movia. No respiraba. Parecia que estaba muerta.

Produjo la llegada de M. Williams un efecto que no habia producido la entrada de Oguah; llamó la atencion de madama la Duquesa viuda de Maillepré.

Berta de Dreux volvió sus ojos apagados hácia la puerta y dijo:

—Juan Maria, os tengo dicho que no permitais entrar á nadie en mi habitacion...

Esta voz, hizo estremecer á Oguah de pies

á cabeza.

El mismo VWestern se sintió fuertemente conmovido. Aquella voz despertaba en él recuerdos muy crueles.

Oguah, con los ojos obstinadamente fijos en la anciana, ignoraba la presencia de M. VWilliams.

La Duquesa, por el contrario, solo se habia apercebido de la llegada de este último.

Berta, la pobre niña, no habia sentido ni al uno ni al otro. Se iba acabando por momentos: su aliento imperceptible no ajitaba ya ni aun los lijeros pliegues de su vestido blanco...

Oguah se arrastró de rodillas y con las manos sobre el suelo hasta los pies de la Duquesa y acarició la seda de su vestido con un dulce murmullo.

Luego que los ojos de la anciana se fijaron en él, sintió un movimiento de horror y retrocedió estremecida. Faltóla la voz, y púsose las manos sobre el rostro como para huir de una vision aborrecida.

Oguah ajitaba su vestido.

Pasado el primer momento de sobresalto, la Duquesa reanimada por la cólera, recobró su voz para pedir socorro.

—Juan Maria, dijo imperiosamente, asegúrad á este hombre que me ha robado... el re-

trato! quitadle el retrato!

Antes que la anciana hubiese pronunciado esta palabra, Jaime VWestern, lleno de emocion, habia ya reconocido en aquel resto humano á la Duquesa Berta de Maillepré...

Habia logrado aquella palabra iluminar tambien las tinieblas del espíritu de Oguah, porque este se levantó al oirla y exalando un ronco gemido:

—El retrato, dijo, su retrato!

Y sujetó entre sus robustas manos el brazo desecado de la anciana Duquesa.

Esta no exaló un grito siquiera. Su frente se enderezó intrépida y arrogante.

—Juan Maria, repitió con voz tranquila y desdeñosa, os digo que asegureis á este hombre!...

Un sordo rugido salió del pecho de Oguah, que ajitó fuertemente el brazo que tenia entre sus manos hasta hacerle crugir... Sus ojos dieron vueltas al rededor de sus órbitas hundidas.

Aunque VWestern no habia visto la horrible espresion del semblante del gran gefe, juzgó que ya era tiempo de intervenir. Adelantóse hácia él haciendo sentir sus pasos.

—Por qué no se halla mi padre echado en su cama?... dijo.

Oguah se volvió vivamente, pero sin soltar el brazo de la anciana Duquesa, y sostuvo la mirada de VWestern sin inclinar la frente, como era su costumbre.

—Oguah es un gran jefe! dijo con aire sombrío, mezclando sus confusos recuerdos. Oguah quiere matar á su muger como al rostro blanco!...

—La muger de mi padre está en las orillas de los grandes lagos, respondió VWestern.

Oguah se volvió hácia la anciana.

—Nosotros salimos del país de los rostros blancos... mucho ha nevado desde entonces... murmuró el gran jefe con voz alterada... Oguah dejó su corazón al otro lado de los mares... Oguah nunca tuvo muger en su wigwam...

Se interrumpió al llegar aquí, y tocó con el dedo el hombro de madama de Maillepré...

—Que diga esta muger, repuso, lo que ha hecho del corazón de Oguah!...

VWestern guardaba silencio... en aquella escena habia una espresion de solemne justicia.

—Quién es esta muger? preguntó de improviso el gran jefe, interrogando á la Duquesa con una mirada feroz.

Algunos segundos hacia que esta miraba al salvaje con una especie de duda inquieta. Al escuchar aquella pregunta, enderezóse con aire altanero y desdenoso.

La respuesta que habia dado tantas veces en su vida brotó maquinalmente de sus labios.

—Quién soy yo? dijo levantándose erguida, enhiesta, y clavando en Oguah una mirada fria. Yo soy Berta de Dreux, muger de Juan III de Maillepré, Duque de Maillepré, Marqués de Avalon, Conde de Pontroy y de Blessac, Vizconde de Naye, señor de Santo Tomás de Dunes, de Kergaz y de Veswe, Par de Francia, caballero de órdenes del Rey, Príncipe del Santo Imperio Romano, y Brigadier de los ejércitos de su Magestad Cristianísima...

En tanto que la Duquesa repetia este catálogo de nombres y de orgullosos títulos con lentitud enfática, Juan III de Maillepré, que estaba enfrente de ella, iba perdiendo poco á poco el hilo de sus vagos recuerdos. La demencia oscurecia de nuevo su espíritu iluminado por un instante. Soltó la mano de la anciana, y pasó su mano temblorosa por su frente inundada de sudor. Apartóse de ella y mecía la cabeza diciendo:

—La sangre de la muger de Oguah es ro-

ja... No es Oguah un gran gefe?... Los que dicen que su corazon pertenece á los rostros blancos, son unos embusteros...

Atravesó la habitacion silenciosamente, y echóse sobre la alfombra junto á la puerta.

VWestern ocupó su lugar al lado de la Duquesa.

—Señora, dijo con voz estremecida por la emocion, no me reconoceis?... Soy Jaime VWestern, de Boston, el hermano de madama la Marquesa de Maillepré.

—Ha muerto, respondió la Duquesa con tono frio.

—Ha muerto, repitió VWestern. Y vuestro hijo Raoul?

—Ha muerto, repuso la Duquesa.

—Y sus hijos, señora? volvió á preguntar VWestern con voz ahogada.

La Duquesa hizo un gesto displicente.

—Qué se yo?... murmuró.

Despues, repuso mirando á VWestern cara á cara:

—Por qué me haceis vos esas preguntas?

—Señora, replicó VWestern, ya os he dicho que soy el hermano de la Marquesa de Maillepré... el tio de sus hijos, á quienes busco sin cesar, y á quienes he consagrado muchos años de mi existencia.

—VWestern... repitió la Duquesa, como si hubiese ya olvidado este nombre. Ya me acuerdo... esa muger entró en la familia de Maillepré... fué una alianza desigual.

—Yo os lo ruego, exclamó VWestern, decidme qué ha sido de los hijos de Raoul y Luisa!...

La Duquesa cerró los ojos y dijo indolentemente estas palabras:

—No eran cuatro?... Carlota... yo creo que Carlota ha muerto... M. el Marqués de Maillepré y la señorita de Naye... no me acuerdo ya... yo no he llevado luto por Santa... Si ha muerto Gaston, es una gran desgracia... porque él era el último de los Maillepré.

—Muertos, muertos! todos muertos! exclamó VWestern, con el corazón despedazado.

—Y yo qué sé? murmuró la Duquesa. Hace ya tiempo que he olvidado todo eso... Dejádme.

—Por piedad, señora, repuso VWestern, no os negueis á responderme!... Y Berta?... Qué ha sido de Berta?...

—Berta?... yo... yo soy Berta, dijo la Duquesa.

Luego, volviendo sobre si, exclamó con voz imperiosa y seca:

—Señorita de Maillepré!

Un débil gemido se escuchó en el rincón donde estaba echada la pobre Berta. VWestern, que no la había visto aun, lanzóse hacia ella y levantó la cortina.

Tomó la mano de la pobre niña; aquella mano estaba fría.

Una dulce sonrisa vagaba por los labios descoloridos de Berta.

Al contacto de VWestern, la pobre niña entreabrió sus ojos, y volviolos á cerrar inmediatamente. Sus lábios murmuraron un nombre que VWestern no pudo percibir distintamente; luego su cuerpo, privado de vida, se deslizó á lo largo de la pared y su rostro cayó sobre la alfombra conservando aun su dulce sonrisa.

Estaba muerta...

VWestern se hincó de rodillas y cubrióse el rostro con las manos.

—Dios mio, dijo, tan cerca de mí!... yo hubiera podido salvarles... Vos no lo habéis querido!...

Creía asistir á la muerte del último hijo de Raoul.

En aquel momento el recuerdo de su Memoria, confiada al procurador Durandin, pasó por su imaginación.

Aquel hombre le había engañado induda-

blemente. Pero, qué le importaba ya? De qué podía servir en adelante el continuar la lucha?...

Solo quedaban ya M. el Duque de Compans y madama la Duquesa de Maillepré, colocados el uno frente al otro...

Un hijo adulterino frente á frente con su madre culpable...

Jaime VWestern estaba aun arrodillado junto al cuerpo de Berta, cuando entró Biot en la cámara...

La Duquesa viuda se habia adormecido tranquilamente en su sillón.

Oguah murmuraba su canto, tendido sobre la alfombra.

.

Tres dias despues del desafio de los cerros de Saint-Chaumout, es decir, el mismo en que Santa habia sido conducida á la casita de recreo de M. el Duque de Compans, madama la Baronesa de Roye habia ofrecido á Gaston devolverle la herencia de Maillepré: queria cumplir su palabra. Pero Gaston, como ya sabemos, se creia muy lejos de París.

La Baronesa debia, sopena de confesar inmediatamente su impostura, retardar el cumplimiento de su promesa. Habia dicho á Gaston que su pretendido hermano es-

taba en París: se necesitaba por lo menos el tiempo preciso para escribir á esta ciudad.

Inclinada la Baronesa á sacrificar al amor una fortuna que habia pagado tan cara, quería á lo menos que este amor no se desvaneciese ante sus ojos. Quería ser dichosa, aunque solo fuese un dia, dichosa completamente, bastante dichosa para poder desafiarse el porvenir.

Y era indudable que si Gaston llegaba á penetrar que aquel supuesto castillo no era mas que una casa de París, querría salir sobre la marcha y correr en busca de Santa. Porque la imagen de Santa, que se habia desvanecido por un instante á las primeras emociones del amor, volvía á aparecer mas tierna y adorada en la memoria de Gaston.

Siempre que Cármen no se hallaba á su lado para encadenar su inteligencia y su corazón con la magia encantadora de su prestigio, Gaston se encontraba solo con Santa, que iba á iluminar la soledad del herido con su sonrisa candorosa.

Estos dos afectos ocupaban entonces cada uno un lugar en su corazón...

Cármen le subyugaba y le asombraba; Gaston se hincaba de hinojos ante aquella beldad incomparable, cuya frente de reina se incli-

naba sobre él, y que le hablaba como una sierva...

El fuego de la pasión circulaba por sus venas, como un elixir benéfico que daba vigor á su juventud adormecida. Sentíase reanimado con aquel amor venturoso: se sentía renacer. El corazón latía con más libertad en su ensanchado pecho...

Al lado de Carmen, todo lo olvidaba. Perdía de vista los resentimientos de sus pasadas desgracias; cerraba los ojos á las brillantes perspectivas del porvenir.

El presente... solo quería ver el presente. Se concentraba en su felicidad actual, y alejaba su vista de sus futuros días, como si hubiese temido leer en ellos funestas amenazas.

Su corazón le anunciaba que aquella felicidad sería pasajera... Veía en torno de Carmen una especie de atmósfera fatal; las miradas de aquella mujer le encantaban y le llenaban al mismo tiempo de terror...

Por su parte, Carmen, ni esperaba ni temía. Su amor era de esos que aniquilan como el rayo. Carmen amaba hasta el extremo de no pensar, hasta el extremo de morir...

Ambos habían pasado muchas horas, el uno junto al otro, cambiando sus tiernas mi-

radas, confundiendo sus almas en dulcísimos éxtasis.

Gaston, cuya herida se curaba con rapidez, se tendía sobre los almohadones de seda de un largo sofá, y Cármen se echaba á sus pies.

Gaston se embriagaba al contemplarla tan hermosa.

Cármen, subyugada, estremecida, se doblegaba bajo el peso de aquella pasión que la robaba sus colores, y demandaba piedad al amor.

Las palabras de entrambos eran dulces como caricias, armoniosas como el canto de los poetas.

Cada acento, cada mirada era un placer, un deleite partido entre los dos, un deseo comprendido, una plegaria escuchada con amor...

El tiempo se detenía para ellos: las horas no sonaban en sus oídos; se hallaban anonadados bajo el dulcísimo peso de su amor, y prolongaban las quimeras divinas de su éxtasis...

Ambos eran jóvenes y hermosos. No concede Dios un día de felicidad á cada criatura?...

Cuando los negros cabellos de Cármen rozaban la frente de Gaston; cuando sus ojos azules languidecían, ocultando el fuego de

sus pupilas; cuando las palabras se estinguían en sus ardientes labios y sus bocas estremecidas se chocaban entre sí... ¿había para ellos un mañana?...

Qué existencia, por larga que sea, puede valer una hora?... Esa hora que deja en el alma una huella indeleble, que pasa rápidamente, delante del sér feliz que la sigue en vano, esa hora que no vuelve jamás!... Pero cuando ellos se separaban, cosa extraña sin duda, Gaston se refugiaba dentro de sí mismo; sentía como un remordimiento en su corazón.

Aquellas tiernas caricias no dejaban en su alma dulces quimeras.

Gaston, que iba recobrando vida y vigor con una especie de violencia desde el momento en que Cármen se echaba á sus pies, se sentía débil en la soledad, y entonces desesperaba... La imágen de Santa, evocada por su corazón, se ofrecía delante de él dirigiéndole mudos reproches.

A dónde tendía aquel amor que luchaba con el pensamiento de su hermana?...

Esta era una especie de aviso místico. El rostro de Santa, que él veía en sueños, no tenía ya su radiante sonrisa de ángel.

La hermosa niña lloraba. Tendía hácia él sus brazos suplicantes como si le demandá-

ra auxilio.

Aquella era una ternura pura y hermosa, profunda como el amor, y que podia hacer oir su voz aun por cima de la voz de la passion...

Era ese sentimiento esquisito y puro que germina y crece en el fondo de los corazones nobles, y que constituye el santo poder de las familias.

Caston, aun en medio de la impetuosa conmocion de los primeros trasportes del amor, guardaba siempre un lugar para aquel sentimiento protector...

Su alma se hallaba partida, y era precisa la presencia de la encantadora para colocar en segundo término el pensamiento santo de su hermana ausente.

Cuando se quedaba solo y Santa iba á recobrar el lugar que la usurpaban en el corazon de su hermano, este se reprochaba amargamente su permanencia inútil en la casa de un enemigo.

Su herida no era ya un obstáculo: proponíase partir á la mañana siguiente con el alba. Pero cuando el alba aparecia, trayendo consigo la seduccion encarnada en las facciones de la Baronesa, Gaston olvidaba sus remordimientos, y aplacaba la cólera que sentia contra sí mismo.

Entonces todo le parecia una excusa. La distancia de París, su herida que no estaba aun completamente curada; y el amor que volvia á triunfar de él, encadenándole á los pies de Cármén.

Cármén temia tambien la soledad. Cuando entraba sola en su dormitorio, despues de la felicidad del dia, se acusaba de engañar á su joven amante, y lloraba contemplando lo falso de su posicion.

La fiebre se acostaba con ella en su abra-sado lecho: sus quimeras delirantes ahuyentaban el sueño. Su corazon se hacia pedazos al choque de la desesperacion...

Era su vida un sueño? Ella comprendia entonces el sentido misterioso de las palabras de Yahbel la gitana, y de Jan Vohr el highlander.

Y se estremecia al ver iluminadas las tinieblas de su inaudito horóscopo:

«Infante, tú serás hermoso... pero serás mas hermosa...»

Y cuando sus ojos fatigados se cerraban al fin, rendidos por el sueño, una voz impía cantaba á su alrededor entre las sombras de la noche:

Adante dirá su amor;

Eva te ocultará su llama...

Se agitaba entonces estremecida dolorosamente. Sus ojos cerrados veían á los dos extremos de la cabecera á Eva y Adán...

Lágrimas de fuego inundaban sus mejillas... Y se despertaba y clamaba á Dios demandándole piedad!

Pero su tormento seguía... Su soledad era un infierno, donde no había ni consuelo ni esperanza. Necesitaba la vista de Gaston para ver disipadas sus horribles dudas, y descansar de su martirio.

Pero cuánto mas feliz era luego despues de tanto padecer! Cuánto mas bella y mas pura le parecia su felicidad! Lejos las dudas, lejos los temores. Su amor inmenso iluminaba hasta el fondo de su corazon!...

Gaston no la hablaba nunca de su promesa, pero al cabo de dos dias, Cármén juzgó que ya era tiempo de cumplirla. La demora que podia necesitarse para recibir contestacion de París, habia pasado ya.

Aquel dia, Cármén se separó de Gaston como á las tres de la tarde. Algunos minutos despues, montaba en un carruage vestida con su disfraz de hombre.

Ya no era madama la Baronesa, M. el Marqués de Maillepré se hizo conducir á su palacio.

Iba á buscar aquella cartera encarnada que

habia sido causa de un asesiuato en la noche del martes gordode 1826.

Esta cartera se hallaba bajo llave, en el fondo de un cajon de secreto.

Cuando M. el Marqués se apeó de su carruage á la puerta del número 9 de la calle Real de Saint-Honoré, ya hacia una hora que el excelente Pedro VVorms, álias el Rorro, habia hecho en su dormitorio la expedicioncilla que hemos referido.

Un cuarto de hora hacia ya que Gaston se hallaba en el gabinete de madama la Baronesa de Roye.

El dia estaba claro; pero en aquella habitacion cerrada y con espesas cortinas en todos los balcones, solo penetraba una luz templada y confusa.

Gaston, entregado á sí propio, habia caido desde luego en esas sombrías reflexiones que solo la presencia de Cármén lograba disipar. Imaginábase la inquietud, el desconuelo de la pobre Santa; oíala gemir, la veía llorar.

Su corazon se sentia arrastrado hácia ella lleno de ternura y de arrepentimiento. Y al lado de los remordimientos se ajitaba en su alma alguna cosa parecida á un temor vago.

Gaston no recelaba precisamente ningun peligro, pero Santa estaba sola... él ignoraba

por qué se oprimia su corazon.

Se sintió un ruido repentino en la parte opuesta de la casa. Allí habia ~~sin~~ ^{sin} duda una viva discusion. Hablaban en vozalta; las voces se confundian acaloradas. Se hubiera dicho que aquello era un debate entre los criados que rehusaban obstinadamente la entrada á un atrevido visitante que queria atropellar la consigna.

Gaston no prestaba atencion á aquel incidente vulgar.

Entre tanto el ruido se iba acercando, y si Gaston hubiera prestado atencion, habria podido oir aquellas palabras acaloradas.

—Tunante, decia una voz burlona y mal segura, madama la Baronesa me aguarda... madama la Baronesa, mi querida amiga, se disgustaria sobre manera si no se me dejase entrar...

Las voces de los criados respondian afirmando que madama la Baronesa no estaba en casa.

—Ta, ta, ta! replicaba el primer interlocutor, ya sabemos lo que quieren decir esas cosas... lo que os digo galopines, es que acabo de saber el secreto de madama la Baronesa... de mi querida amiga!... Porque ella tiene un secreto que vosotros no podeis sa-

ber!... Vamos, dejadme pasar, canalla ruin!

El ruido se redobló, la puerta resonó estremecida; y Roby escapándose de entre las manos de dos criados que querian detenerle, hizo una entrada brusca en el gabinete. Reíase á mandíbulas batientes, y sus piernas débiles caminaban dando traspieses.

Estaba algo mas que alegre.

Los criados se habian detenido como llenos de vergüenza al dintel de la puerta que madama la Baronesa leshabia prohibido franquear.

Roby se volvió á ellos, riéndose siempre, é hizo un movimiento como para estirar sus chorreras (ausentes) segun la triunfante costumbre de los grandes señores de teatro.

—Despejad, tunantes, idos! dijo; cerrad la puerta, queremos estar solos.

Y como tardasen los criados en obedecerle, levantóse vacilando, atravesó la habitacion, y dióles con la puerta en los hocicos.

Gaston contemplaba á aquel intruso con una completa indiferencia. Despues de haberle concedido una mirada, se habia vuelto á engolfar en sus pensamientos.

La luz, como ya hemos dicho, penetraba débilmente en el gabinete, que estaba muy sombrío.

Roby se creia solo y dueño absoluto del

terreno.

—Voy á esperarla, dijo, yendo y viniendo con paso mesurado, como si siguiera el compás de una orquesta de vaudeville. Sí, la esperaré, aunque tenga que dormir aquí!... Ah! ah! ah! ese diablo de Josepintenia sendas ganas de guardar su secreto... Pero ya tenemos sus señas, y su vino es excelente á fé mia!... Él ha bebido largamente, el pobre mozo!... hasta el extremo de subirse sus anteojos de oro á la frente, y hablar como una cotorra... Esto es muy gracioso!... es muy chusco á fé mia!.... Baronesa y Marqués, Marqués y Baronesa, gentil mancebo y encantadora dama... Esto es divino!... Yo hubiera debido adivinar todo esto al instante... Pero tengo tantos negocios entre manos!...

Y al continuar su monólogo á media voz, se reía con toda su alma describiendo sobre la alfombra curvas imprevistas.

—Ese diablo de doctor, continuó, se hallado á hacer un hombre de importancia!... como que no está ya habituado á beber sin tasa!... En otro tiempo tenía mas fuerte la cabeza... Si yo no le hubiese achispado tan bien, ya hubiera podido darme de calabazadas buscando á la Baronesa hasta el fin de mis días!...

Encontró con el sofá, en donde estaba echa-

do Gaston, y dejóse caer encima.

Gaston no habia entendido ni una palabra de todo cuanto habia barbotado confusamente el actor-poeta-maquinista.

—Caballero, dijo el joven; os ruego que tomeis otro asiento.

—Hela aquí! exclamó Roby; vive Dios que está aquí!.... Ya sabia yo que me sería fácil poner la mano encima, ahora que el doctor me ha dado su linterna... Ah! ah! esta mañana me hubiera dejado engañar por sus vestidos de hombre... Pero ahora, imposible!...

Roby se interrumpió, colocó su sombrero bajo el brazo, se esforzó á conservar su equilibrio el tiempo suficiente para describir un saludo teatral, y repuso llevándose la mano á las chorreras:

—Señora Baronesa, soy muy vuestro humilde servidor.

Gaston le juzgó loco: no le habia dedicado la menor atencion hasta entonces, y habíale sido imposible por lo tanto reconocer su estado de embriaguez.

—Caballero, dijo el joven dulcemente, os equivocais, aquí no hay nadie mas que yo... Madama la Baronesa está fuera de casa.

—A otro can con ese hueso, repitió Roby, dando una pirueta seguida de una franca carcajada. Nosotros sabemos ya el busilis; ya no

nos cuela!... Yo vengo de hablar con Josepin, con que ya veis!... Josepin me lo ha dicho todo... Esto es muy curioso!... Tendreis la bondad de permitirme que bese vuestra mano?...

Y acompañó con la accion estas palabras.

Gaston le rechazó con cólera.

—Caballero, le dijo, ved mis vestidos!

—Psi! respondió Roby, los vestidos no hacen nada para el caso... absolutamente nada!... Cuando os digo que vengo de almorzar con Josepin... Miradme un poco, y reconocereis á Roby como él os ha reconocido, mi querida señora!... Ya sabeis, Roby, el pavo!... Aquel si que era un disfraz gracioso!....

Gaston dió una vuelta en el sofá, é inclinó la cabeza hácia la pared.

—Cuando os digo que no os reconozco, repuso Roby, no soy á la verdad muy cuerdo; porque está obscuro como un calabozo!... Pero yo os adivino... y vamos á hablar en razon cuatro palabritas...

Arrastró un sillón y colocóle junto al sofá.

—Figuráos, continuó sentándose, que yo me hallo en una posicion malísima bajo todos aspectos... esto no puede durar, mi muy querida señora... un hombre como yo no debe quedarse como un simple Denisart!... Tal como me veis, por algunos sueldos me he es-

puesto esta misma mañana á caer bajo la férula de la justicia!...

—Caballero, dijo Gaston con impaciencia, os suplico encarecidamente que me ahorreis de escuchar el resto de vuestra confidencia.

—Nada de eso!... exclamó Roby, haceis bien en levantar vuestra voz de contralto, mi muy querida señora... Yo he almorzado con Josepin... mi confidencia, por otra parte, os va á interesar seguramente... vos tendreis sin duda muchísimo gusto en conocer una historieta de que M. el Duque de Maillepré es el héroe...

A este nombre, Gaston hizo un movimiento y se incorporó á medias sobre el codo.

Roby se dió un golpecito en las rodillas.

—Ya lo sabia yo, dijo, ya lo sabia yo... Pero aparte del interés de la historieta, no os será indiferente saber hasta donde puede la desgracia descender al mérito!

Roby elevó los ojos al cielo, y tomó un aire fatídico.

—Esta misma mañana, continuó el maquinista con voz ronca, á la hora en que vos dormíais tranquilamente, señora, yo robaba á una joven inocente para arrojarla en los brazos de un hombre infame y corrompido.

Gaston hizo un movimiento de indignacion y de disgusto.

Roby resopló largamente.

—Una linda joven, continuó este cambiando de tono inmediatamente, una niña encantadora! de diez y seis á diez y siete años, rubia, fresca, dulce... una palomita sin hiel!

Gaston no abrigaba ciertamente la menor sospecha, pero este retrato le helaba el corazon.

—La cosa estaba bien arreglada, continuó Roby, que se complacia con su charla de borracho, embriagándose mas y mas á medida que hablaba. Ese diablo de Burot es muy hábil, muy hábil!... Conoceis vos el Marais?... Si conoceis el Marais, os puedo describir con todos sus pormenores el plan de batalla...

Gaston aplicaba el oido involuntariamente. Estremeciése de pies á cabeza cuando Roby continuó:

—El golpe debia darse en aquella casa grande que hace esquina á las calles de Francs-Bourgeois y Culture-Sainte-Catherine..... ya veis!...

Gaston se levantó: un sudor frio inundaba su rostro.

—Ya veis!... dijo Roby, esto os divierte de

seguro!... Nosotros estábamos, Burot y yo en la calle de Franch-Bourgeois... Denisart dió vuelta á la calle Paienne... y por la puercecita del jardin...

Gaston puso una mano sobre su pecho y exaló un gemido de angustia.

—Os enoja mi relacion? preguntó Roby.

—No, respondió Gaston con voz ahogada. Continudad... continuad!

—Ah! exclamó Roby riéndose alegremente, esta expectativa duró poco tiempo... Denisart llevaba una escala de seda... Dos minutos despues, la niña se hallaba en nuestro fiacre.

—Santa!... murmuró roncamente Gaston, que sufría mas que si estuviese agonizando.

Hubo un instante en que sintió su corazon como paralizado, y se quedó inmóvil, incapaz de hacer un gesto ó pronunciar una palabra.

Roby continuaba hablando, pero ya no tenía quienle escuchase.

Al cabo de algunos segundos, un esfuerzo desesperado volvió el movimiento y la palabra á Gaston.

Este se levantó y asió por un brazo á Roby...

—Era una ventana del piso principal... que da á la calle de Franch-Bourgeois? mur-

muró Gaston con los dientes apretados.

—Justamente! respondió Roby.

—Y á esa jóven, continuó Gaston sofocando con un gran esfuerzo su voz que quería estallar atronadora, la habeis robado vos?

—Justamente!

—A dónde la habeis conducido?

—Ya veis, dijo Roby, á mí me han pagado para que guarde el secreto.

—A dónde la habeis conducido? repitió Gaston.

Su mano se crispaba alrededor de la muñeca de Roby.

—Mirad que me haceis daño!... dijo este dejándose de reir.

—A dónde la habeis conducido? preguntó por tercera vez Gaston con voz siempre sorda y amenazante.

Roby exaló un grito de dolor. Los dedos de Gaston destrozaban su muñeca cuyos huesos crugieron.

El desgraciado pugnaba en valde por desasirse, retorciéndose y dando traspieses.

—Os lo voy á decir, exclamó al fin, soltadme, soltadme!...

No se cuidó Gaston de acceder á esta súplica, y Roby entre las convulsiones de un insoportable dolor balbuceó las señas de la casita de recreo del Duque de Compans.

Gaston le soltó inmediatamente, y Roby cayó desfallecido sobre la alfombra.

Gaston se habia sentido sin fuerzas antes que él. Su pecho volvió á hixadear oprimido... se hallaba medio loco.

Dejó á Roby tendido en tierra, gritar, amenazar, blasfemar.

Dió una vuelta alrededor de la sala, dirigiendo ávidas miradas á todas partes, y sin saber él mismo lo que buscaba.

Sus ojos se fijaron al fin en el nicho de seda donde estaba el puñalito con mango de oro de Cármen.

Asióle violentamente, y le contempló con las cejas fruncidas y los ojos chispeantes.

Después le arrojó lejos de sí.

—Maillepré, murmuró, no sabe herir con esto!

Apretó su frente abrasada con ambas manos, como para sujetar las ideas que querian escaparse de su cerebro.

—Santa!... Santa!... murmuró con voz desgarradora, fuerza será, sin embargo, que yo mate!...

Abrió a la ventura la primera puerta que encontró al paso.

En la habitación donde acababa de entrar, no habia nadie que pudiera hacer armas contra él.

—Matar! repitió Gaston, atravesándola, me hallo muy lejos de París!... Oh! esta mujer que me ha detenido... maldita sea ella!... Santa! pobreángel mio!... hermana querida!... Yo no estaba allí para socorrerte!... Yo no he oído tus gritos de amargura!... Tú me has llamado... y yo no he acudido a tu voz!...

Dejóse caer en una silla: su frente se inclinó tristemente: las lágrimas inundaron su rostro.

Maldecia y detestaba su amor: pidió perdón de él á Dios, como de un crimen... Su dolor era uno de esos dolores imposibles de describir. Su corazón se embotaba en medio de una amargura mortal.

Así permaneció como anonadado durante un segundo.

Levantóse después como si un choque galvánico le hubiera hecho saltar.

El furor vino á disipar su apatía desesperada. Sus ojos brillaron vivamente. La sangre se agolpó á colorar, á enrojecer su semblante.

—Qué importa la distancia! dijo, es fuerza que yo parta, aun cuando tenga que marchar á pié!.... aunque sucumba en el camino!....

Dirigió sus ojos en torno de la habitación, pero sin encontrar allí lo que buscaba.

Pasó á otra cámara. Allí todo estaba en el mayor desorden. Veíanse sobre los muebles algunos vestidos de hombre esparcidos al acaso.

En el suelo habia una camisa con el cuello manchado de sangre.

Era la que llevaba el Marqués el día del desafío de los cerros de Saint-Chaumont.

En un rincon las dos espadas que habian servido para el duelo, se hallaban junto á la pared al lado de su estuche. Un poco mas allá estaba la caja de las pistolas.

Gaston se dirigió de un salto hácia esta última.

Sacó las dos pistolas, y las ocultó bajo su levita, despues de haberse convencido de que estaban cargadas.

Luego se dirigió á la puerta de salida.

Duelo sin testigos.

Los criados que Gaston encontró en su camino, al dejar el palacio de la Baronesa de Roye, hubieran querido cerrarle el paso; pero su semblante ajitado tenia una espresion terrible. Los criados no se atrevieron á detenerle.

Bajó Gaston la escalera y traspuso el dintel del porton. Al hallarse fuera, quedóse como absorto.

En vez de los árboles y la campiña que él esperaba ver, se presentaron á sus ojos los arcos de la calle de Castiglione.

Creyó que soñaba... Tanto imperio habia tomado sobre él la idea de que se hallaba muy lejos de París.

Frotóse los ojos y miró con mas atencion alrededor de sí. Movimiento y vida por todas partes... Reconoció á cien pasos de distancia la verja de las Tullerías.

Seguramente aquello era París. Santa estaba allí, muy cerca de él. Solo algunos pasos le separaban de la salvacion de su hermana ó de la venganza.

—Tanto mejor! tanto mejor! exclamó apresurando sus pasos hácia los Campos-Eliseos. Ella me ha engañado... tanto mejor!

Iba con la cabeza descubierta, y corria dando encontronos con los transeuntes por bajo de los arcos de la calle de Rivoli. Apretaba con todas sus fuerzas contra su pecho las pistolas ocultas bajo la ropa. Y continuaba siempre corriendo, seguido de las invectivas de la multitud... Pero él no oia sus gritos, y ningun choque podia bastar á detenerle.

La carrera iba oprimiendo su respiracion, pero su paso no cedia sin embargo. En muy pocos minutos arribó al extremo de los Campos-Eliseos en donde desemboca la calle de Ponthieu.

Dirijióse inmediatamente por el callejon indicado en las revelaciones de Roby. Al fin de

este callejon una puerta cerrada le detuvo. Llamó fuertemente. Nadie respondió.

Dió voces. Nadie contestó tampoco.

La cólera y la impaciencia hinchaban las venas de sus sienes y de su frente. Asió la puerta con ese vigor pasagero que dá la rabia, y le ajitó... Pero la puerta era muy sólida.

La boca de Gaston estaba bañada de espuma, sus ojos estaban cubiertos de sangre.

Echóse algunos pasos atrás, y fué a herir en la puerta con sus puños cerrados frenéticamente. La puerta resistia á estos golpes.

Dirijió Gaston su mirada alrededor, buscando una palanca para vencer aquel obstáculo. En el estrecho callejon en que se hallaba no habia nada que pudiera servir para este uso. Entonces se puso de rodillas en el suelo, y comenzó á arañar la tierra alrededor de una losa que logró arrancar al fin.

La piedra era dura y pesada. Gaston la levantó con ambas manos por cima de su cabeza, y dejóla caer sobre la cerradura.

No fué necesario secundar el golpe. La cerradura se desclavó, y el pestillo saltó hecho pedazos fuera de su chapa.

Gaston se precipitó por la escalera arriba, murmurando de furor y de alegría.

En el primer piso, las puertas estaban tambien cerradas, pero el buen éxito de su primera acometida, redoblaba las fuerzas de Gaston. Una fuerte patada le bastó para vencer aquel último obstáculo, y se encontró frente á frente con madama Brunel, mas muerta que viva á su aparicion.

—M. el Duque de Compans! dijo; llevadme sobre la marcha á su presencia.

Madama Brunel temblaba; pero respondió no obstante balbuceando:

—Esta es mi casa, caballero, y yo no conozco á ningun duque.

Gaston la rechazó vigorosamente, y abrióse paso por sí mismo.

No tuvo necesidad de buscar por mucho tiempo al Duque. Este se hallaba enfermo desde la escena del balcon en que Feliciano Capitaes, Duchesnel y sus compañeros se habian hecho testigos de sus vergonzosos desahuisados. Aquel golpe moral le habia destruido aun mas que la fatiga de su lucha con Santa.

Compans estaba en la cama hacia ya muchas horas, y la pobre niña podia descansar durante aquella tregua.

El estrépito de la cerradura, que se forzaba desde afuera, el choque ruidoso de la piedra, la puerta del primer piso empujada y sa-

cada de quicio, todas estas circunstancias, sorprendiendo al Duque en un instante de dolor y decaimiento moral, le habian llenado de asombro y de terror.

Habia saltado fuera de la cama, gritando á madama Brunel que guardase la entrada. Pero la camarista era un guardia de corps insuficiente para el caso. Ella solo tenia valor para habérselas con las pobres niñas confiadas á sus cuidados.

Gaston pasó y reunióse al Duque que se vestia precipitadamente su bata.

Al ruido que hizo el joven al acercarse, el Duque dirigió hácia la puerta sus ojos espantados. Esperaba evidentemente, calculando el número de los agresores por el estrépito del ataque, ver entrar á muchas personas. La vista de Gaston, que se presentaba solo, tranquilizóle al parecer en cierto modo.

El dia comenzaba á declinar; el Duque no podia distinguir las facciones contraídas del joven y la espresion amenazante y terrible de su persona toda. Solo veia entre la sombra de la puerta una figura juvenil y fragil, con los vestidos desabrochados y los cabellos en desorden.

Gaston paseaba sus ojos alrededor de la habitacion. Buscaba á Santa.

—Quién sois vos, y qué quereis? preguntó

el Duque dando un paso hácia el recién llegado.

Gaston no respondió, y fué á colocarse delante de Compans.

Gaston tenia una pistola en cada mano.

—En dónde está mi hermana? dijo con voz sorda.

El Duque distinguió á la vez sus armas y su semblante. Su semblante se presentaba más terrible que sus armas.

Aquella era la espresion de la cólera llevada hasta el parasismo, y próxima á tocar en la demencia.

El aspecto de M. de Compans, de aquel hombre á quien él aborrecia el dia antes como el autor de todas sus desgracias, y que después, por una casualidad, habia encontrado el medio de injuriarle mas cruelmente aun, el aspecto de aquel viejo enemigo, engalanado con todos los despojos de su familia, le habia puesto loco, rabioso de furor....

Sus manos apretaban las pistolas.... en sus ojos se leía una sed inmensa de sangre.

El Duque habia reconocido en él al jóven que habia visto sentado junto á Santa en las galerías de la Opera.

El riesgo se presentaba amenazante y terrible; pero el Duque iba recobrando su calma y combinaba sus medios de defensa.

—Caballero, dijo este, ya no os preguntaré quién sois... yo podría deciros que ignoro absolutamente el asunto de que me hablais... pero...

—Mi hermana! mi hermana! interrumpió Gaston, bajando hácia el suelo los cañones de sus pistolas, como si se temiese á sí mismo.

—Vuestra hermana no está aqui, dijo el Duque, yo no quiero ocultáros la de ningun modo... Estoy pronto á devolvéros la.

Los ojos de Gaston brillaron tan vivamente que los párpados de M. de Compans se bajaron al suelo.

—Conducidme hasta ella, dijo el jóven. Deseo con ansia saber!...

—Os juro por mi honor... comenzó á decir el Duque.

—Marchad delante, interrumpió Gaston, yo nada os creo.

El orgullo del Duque estaba mudo en aquel momento. Tomó sin responder el camino de la habitacion de Santa.

La pobre niña habia tratado de aparapetarse por dentro; pero, como ya hemos dicho, aquella habitacion era admirablemente propia para su objeto.

A pesar de los esfuerzos de Santa, la puerta se abrió á la primera tentativa.

El Duque quiso detenerse para dejar paso á Gaston.

—Entrad el primero! le dijo este con rudeza.

El Duque entró.

Se quedó Gaston un momento delante de la puerta. Entonces oyó una voz llorosa que clamaba:

—Ah! señor, yo os lo ruego!... tened piedad de mí!...

Gaston sintió su alma despedazada, pero conservó la calma implacable de que se habia revestido en presencia del Duque, como de una armadura.

Inmediatamente despues del grotesco escándalo producido por la indiscrecion de los convidados de Duchesnel, M. Burot y la camarista habian vuelto á encerrar á Santa en el gabinete.

Alli habia estado sola desde entonces; su terror no era ya un terror vago como el de la mañana. Entonces sabia ya una gran parte de lo que le tocaba temer.

El recuerdo de aquella horrible lucha, en la que á cada paso se habia visto espuesta á caer sin defensa entre las brutales caricias del viejo, la hacia desfallecer, la hacia morir. La hermosa niña se estremecia á cualquier rumor. Estaba demudada, como si una lenta

enfermedad hubiera pesado sobre ella.

Cuando sintió abrir la puerta, su terror fué tan vivo y violento que la hizo perder en cierto modo la facultad de oír y de ver.

No reconoció siquiera la voz de su hermano, que ordenaba al Duque pasar el primero.

Gaston al entrar, la vió refugiada en el rincón mas apartado del gabinete. Estaba pálida como un cadáver, y todo su cuerpo temblaba ajitado por violentas convulsiones.

Gaston cerró la puerta tras de sí.

Santa habia visto al Duque, y bajado despues los ojos. Ya no se habia atrevido á levantarlos.

Se detuvo Gaston y contemplóla un instante, como queriendo leer en su rostro y en su actitud, y adivinar hasta donde habia llegado su desventura... Pero toda la persona de la pobre niña era una acusacion harto elocuente contra el Duque!...

Este no queria estar mucho tiempo bajo la influencia de aquel silencio.

—Señorita, comenzó á decir con un tono respetuoso y sumiso que contrastaba mucho con su conducta de la mañana, yo vengo á pedirlos perdon...

—Ah! señor, piedad! interrumpió Santa,

piedad! por Dios!...

— Señorita, quiso replicar el Duque.

— Callad! dijo Gaston.

Santa se estremeció. Fugitivos colores animaron sus pálidas mejillas; se hubiera dicho que una dulcísima esperanza agitaba su corazón, y que la pobre niña no osaba levantar los ojos por no verla desvanecida.

El Duque bajó la cabeza á la mirada imperiosa de Gaston y enmudeció.

El joven se adelantó lentamente hácia Santa. Su corazón estaba enternecido, profundamente enternecido; pero sus ojos conservaban una espresion austera y fria.

Cuando el Duque se vió á su espalda, hizo un movimiento rápido para evadirse.

— Quedaos! dijo Gaston, ú os mato...

El Duque rugió de cólera, pero quedóse inmóvil.

Entre tanto, Santa, al oír aquella voz por segunda vez, levantó sus ojos tímidos. Una alegría súbita, inmensa, habia dilatado su corazón. Una alegría harto violenta y peligrosa despues de las mortales angustias que pesaban sobre ella hacia doce horas...

Aquello fué un rayo para la pobre niña. Sus mejillas perdieron nuevamente los colores; sus ojos se cerraron; sus rodillas, demasiado débiles, se doblaron... Santa cayó.

en los brazos de Gaston que se habia precipitado á sostenerla. Pero los golpes que da la alegría llevan consigo su bálsamo benéfico.

Al cabo de algunos segundos, Santa se sonreía dulcemente y su rostro decia toda la felicidad de su alma.

El Duque permanecía inmóvil á tres pasos de la puerta, contenido respetuosamente por la mirada de Gaston que no le perdía de vista ni un momento.

Gaston habia estrechado á su hermana contra el corazon en un abrazo apasionado, pero sus ojos estaban siempre fijos en el Duque con una espresion dura y severa.

—Gracias! gracias! murmuró Santa juntando las manos. Dios á quien tanto he rogado me ha oído en fin, y te envía en mi auxilio.

Echó sus brazos al cuello de su hermano, y clavó en él sus ojos con una espresion de felicidad inefable. Ya no tenia miedo. Ya se creía en salvo.

Gaston, por su parte, esperaba. Aquella alegría llenaba su corazon de consuelo. Santa deshonrada no hubiera podido mostrar alegría...

Corta fue la escena entre los dos hermanos.

Al cabo de algunos minutos, Gaston sabia

va todo lo que anhelaba saber. Pero el júbilo que llenaba su alma no se manifestaba en su semblante.

Respondió con un solo beso á las dulces caricias de la pobre Santa, y separóse de ella, siempre con el mismo aire frío y austero.

—Escuchadme, hermana mia, dijo, voy á volver al punto...

Una nube de tristeza sombreó la frente de Santa.

Gaston atravesó el gabinete y dijo al Duque:

—Seguidme.

El Duque obedeció.

Gaston volvió á la pieza en donde habia entrado primero.

Estaba anocheciendo. La última claridad del crepúsculo iluminaba confusamente los objetos.

Gaston señaló con el dedo una silla al Duque, y entrambos se sentaron el uno junto al otro.

—Mi hermana está pura, dijo el jóven, no es preciso que vos me lo afirméis, yo lo sé muy bien... y doy gracias al cielo, porque el descendiente de mis mayores no debia cometer un asesinato... Pero prescindiendo de esta injuria, existen entre noso-

tros, caballero, hartas ofensas mortales...

—Yo no os conozco!... dijo el Duque asombrado.

—Las circunstancias que nos reunen proceden todas de vuestra voluntad, no son hijas del acaso... repuso Gaston. Yo os huía, sí, os huía, porque mi corazon rechazaba la idea de derramar la sangre de un viejo... Pero este último crimen os arroja en mi camino... Este es el juicio de Dios!... Fuerza será que uno de nosotros quede aquí!

La voz de Gaston era firme y contenida: reflejábale en ella la obstinacion de una implacable voluntad.

El Duque no era cobarde, pero su vejez anticipada por el vicio le habia despojado de su energía moral, al mismo tiempo que de su fuerza física. Por otra parte, la voz de Gaston, y la espresion terrible de su semblante hubieran bastado á helar al corazon mas valeroso.

El Duque se sintió desconcertado; temblaba.

—Yo no os conozco, repitió balbuceando.

Gaston permaneció un instante en silencio. Se hallaba sumergido en una profunda meditacion que contraía sus pestañas y llenaba su frente de hondas arrugas.

—Caballero, repuso el Duque que se habia

aprovechado de aquel reposo para recobrar su calma, y cuya voz comenzaba á hacerse insinuante, mi posiciones en este instante harto difícil.... Os he ofendido sin conoceros... ya veis que os hablo con franqueza... Os he ofendido, ó al menos he intentado ofenderos.... Pero antes de vuestra llegada, os lo juro por mi honor, habia renunciado á hacer la menor tentativa contra vuestra hermana, cuya pureza angelical me habia hecho volver sobre mí mismo....

Gaston continuaba en silencio.

El Duque cobraba valor.

—Yo no creo, continuó este, que nosotros hallamos podido encontrarnos nunca.... y aunque vos lo hayais dicho en un momento de agitacion, me parece imposible que existan entre los dos motivos de resentimiento, prescindiendo de este suceso desgraciado....

El Duque bajó la voz y trató de sonreirse.

—Todo puede repararse, como vos conocéis, continuó, cuando el honor no ha recibido la última mancha... Vuestra hermana, á quien os devuelvo, está tan para como antes de entrar en mi casa... pero, no obstante, yo soy culpable, lo confieso, y soy rico... Os ruego que no vayais á encontrar en mis palabras una segunda ofensa... son dictadas por un

deseo sincero y honrado seguramente... por el deseo de reparar mi falta... Yo puedo hacer la suerte de vuestra hermana.

Gaston, que no le habia interrumpido si- quiera, fijó en él su mirada glacial.

—Señor Duque, dijo el joven con frialdad, sabeis el nombre de esa niña á quien habeis querido deshonrar?

El Duque se inclinó murmurando una respuesta negativa.

—Señor Duque, repuso el joven sin dar mas señal de agitacion que un lijero estremecimiento de labios, esa niña se llama Santa de Maillepré!

El Duque de Compans dejó caer sus brazos á la larga, y vaciló sobre su asiento.

—Santa de Maillepré, continuó Gaston lentamente, la hija del Marqués Raoul, cuyo lecho de muerte hicisteis vos arrojar en medio de la calle... la sobrina de Jaime Western, á quien uno de vuestros emisarios dió de puñaladas... la hermana del Marqués Gaston, que llora á sus padres muertos de angustia y de miseria, que vive del trabajo de sus manos y del sudor de su frente, porque vos le habeis robado su patrimonio, y que os repite, señor Duque, que es fuerza que uno de los dos quede muerto en este sitio!

Gaston se habia levantado y se mantenía

derecho y erguido delante del Duque de Compans.

Este abría sus ojos desencajados como lleno de asombro. Se hallaba aterrado con el golpe extraño de aquella casualidad que le castigaba por su propio crimen. Habíale faltado la voz, y la sangre estaba, por decirlo así, inmóvil, fija dentro de sus venas.

Gaston le miraba, y á través de la máscara de frialdad con que ocultaba su semblante, se traslucía una espresion amenazante y terrible.

Aquella mirada pesaba como plomo sobre los párpados de M. de Compans, que no osaban levantarse del suelo.

Gaston dejó sus dos pistolas sobre la mesa.

—Están cargadas, dijo, haced que traigan luz.

La habitacion estaba en efecto casi á oscuras.

El Duque, obedeciendo maquinalmente, llamó á madama Brunel.

Nadie respondió. Madama Brunel se habia fugado.

Gaston tuvo paciencia durante un minuto; despues repuso:

—Caballero, yo deseo acabar pronto; es preciso que traigais luz.

El Duque se levantó sin responder pa-

labra, tomó de su cabecera una cerilla fosfórica, y encendió una bugía.

—El lance se verificará como vos querais, repuso Gaston... las dos pistolas quedarán como están, ó descargaremos una de ellas...

La bugía iluminaba entonces el semblante descompuesto del Duque de Compans.

Sus ojos estaban fijos en el suelo; sus sienes latían convulsivamente; sus labios se estremecían bajando los extremos contráidos de la boca.

—Vos debéis saber, caballero, murmuró el Duque, que no puede verificarse un duelo así, sin testigos...

—Yo sé que ya os he intimado mi voluntad, caballero, respondió Gaston, que vuestra vida me pertenece de cualquier modo, y que es fuerza obedecerme.

Estas palabras habian sido pronunciadas en un tono franco y breve. Era imposible hallar vana semejante amenaza...

Si alguna duda hubiera podido presentarse, habria bastado dirigir una sola mirada á Gaston, para verla completamente desvanecida.

Sus facciones espresaban la indomable resolución de su voluntad. Su frente digna y altanera no descubria ningun síntoma de furor. Allí solo se leía una sentencia, una sentencia

sin apelacion.

El Duque habia dirigido hácia él sus ojos á hurtadillas, y esta sola mirada le había hecho conocer que era preciso renunciar á la esperanza de engañar ó torcer la justicia de Gaston.

—La suerte no es igual, caballero, replicó el Duque todavia; estamos en mi casa... Si la desgracia quisiese que este combate fuera fatal para vos, quién podria absolverme de esta muerte?

—No os canseis en vano, caballero! replicó Gaston. Si os dejo tomar una de estas armas, no lo hago por vos, sino por mí.

Cobró sus pistolas, y presentó una por la culata á M. de Compas.

—Quereis que las dos queden cargadas? preguntó el joven.

El Duque seguia vacilante.

—Caballero, dijo Gaston, cuya voz descubria en este instante un acceso de impaciencia mal reprimida; reflexionad bien que hace ya un cuarto de hora que me estoy preguntando á mí mismo si seria un crimen levantaros el cráneo!

El Duque dió un paso atrás, y sus mejillas se volvieron mas lividas.

—Descargaremos una de las pistolas, dijo al fin con voz sorda.

Gaston levantó el martillo de una de las pistolas, quitó el piston, y pasó su pañuelo por la chimenea; después volvió á caer el martillo.

—Está hecho, caballero, dijo el joven, volved la espalda.

El Duque habia observado con una mirada cautelosa la operacion del joven.

Habia comparado cuidadosamente las dos armas, que iguales á primera vista, tenian sin embargo entre sí esas diferencias insensibles que el fabricante no puede evitar de ningun modo.

El Duque volvió la espalda.

Gaston cambió de una mano á otra las dos pistolas.

—Elegid! repuso.

Volvióse el Duque, y tocó con sus dedos la parte superior de las dos armas.

Vaciló un instante. Las líneas imperceptibles que habia creído distinguir, se escapaban entonces á su turbacion.

—Elegid! repitió Gaston.

El Duque tomó una de las dos pistolas.

La habitacion en que se encontraban estaba separada de la escalera por la antesala, y del gabinete por la otra pieza en que M. de Compans habia sufrido los bravos y los silbidos de los convidados de Leon Du-

chesnel.

Gaston se retiró á esta pieza. El Duque retrocedió hasta la antesala.

Dos bugías iluminaban el centro de la habitación intermedia en que debía verificarse el desafío.

No teniendo señal á que atenerse, los dos adversarios debían disparar en el momento de distinguirse.

El Duque apareció el primero á la puerta de la antesala.

A pesar de esta precipitación, había tenido el tiempo necesario para tocar la chimeña de su pistola, y ver que la vida de Gaston estaba en sus manos...



Mision delicada.

Apareció Gaston á su vez en la puerta de enfrente. Pero en vez de detenerse al umbral, como habia hecho el Duque en el lado opuesto, continuó marchando hasta el medio de la habitacion. Al llegar junto á las bugías, armó su pistola.

El Duque le imitó.

Gaston bajó su arma, y apuntó detenidamente. Su mano estaba tan segura como si hubiera sido de mármol.

El Duque no pudo menos de estremecerse, aunque se hallaba bien seguro de no correr ningun riesgo.

Gaston apretó el gatillo.

Esto produjo solamente un chasquido débil y seco.

Gaston arrojó la pistola, y cruzó sus brazos sobre el pecho.

Las bugías iluminaban perfectamente su noble semblante, en el que no habia ni un músculo agitado.

El Duque de Compans dejó ver una sonrisa disimulada y cruel.

—Sobrinito mio, dijo, hé aqui como van á terminar todas nuestras contestaciones de familia... Pero, por Dios santo, antes de poneros en esta negra situacion, no hubiérais debido pensar un poco en vuestra hermana á quien me abandonais aqui como una herencia?

La bala de M. de Compans hubiera hecho menos daño á Gaston que estas palabras. La vista de aquel hombre odioso que se habia convertido en verdugo de su familia entera, habia despertado en él un pensamiento de odio tan violento y profundo á la vez, que todo lo demas habia desaparecido ante sus ojos.

Era muy cierto! por un instante, habia olvidado del todo á la pobre Santa! Pero él se habia dicho: Dios es justo, y ya no habia dudado un solo momento del éxito de aquel

combate, cuya suerte debia decidir la Providencia.

Entonces caía la venda de sus ojos; veia delante la horrible realidad. Santa, á quien habia venido á salvar, perdia en él á su único protector.

Volvía á caer la pobre niña en lo mas profundo de su amargura y su desesperacion.

Su vida, la vida de Gaston, pertenecía ya aquel hombre, á aquel hombre que iba á pasar sobre su cadáver para llegar á Santa!...

Una angustiosa desesperacion se pintaba en su semblante.

El Duque continuaba en su risita seca y burlona...

Gaston dirigió una mirada ávida hácia la pistola que yacia en tierra, é hizo un movimiento como para recobrarla.

—No os movais, sobrinito mio! dijo el Duque bajando su arma.

En este momento, Santa encerrada en el gabinete, y á quien sus terrores volvian sin duda á acometer, comenzó á esclamar dulcemente:

—Gaston! Gaston!...

Este juntó sus manos con un aire de muda desesperacion.

El Duque seguia riéndose.

—Gaston! Gaston! repetia Santa cuya voz se dejaba oir cada vez mas querellosa.

Gaston se cubrió el rostro con ambas manos, y un profundo sollozo estremeció su pecho.

El Duque se adelantó dos pasos hácia él....

A la entrada de la antesala, y en el mismo sitio que acababa de dejar el Duque, otra figura apareció entre la sombra.

—Gaston, ven, ven por Dios! decia Santa llorando.

Aquella era una angustia horrible. Gaston, incapaz ya de sostenerse, dejóse caer de rodillas murmurando:

—Matadme pronto!...

El Duque no se apresuraba demasiado. Su posicion era sin duda muy embarazosa. Fluctuaba entre el temor que le imponian las consecuencias de una muerte, cometida en una casa que era suya (lo cual se sabia ya) y el ardiente deseo de deshacerse del último de los Maillepré. Pero su deseo era mas fuerte que su temor.

El Duque se acercó á Gaston, buscando al parecer una parte donde herir á golpe seguro.

Tenia su pistola colgando de la mano....

Decidióse por fin. Al querer levantar el arma, esta se resistió.

El Duque volvió la cabeza para ver el espectáculo que le sujetaba, y encontróse cara á cara con aquella figura que le habia reemplazado en el umbral de la antesala.

El Duque se hallaba desarmado. Romeo acababa de arrancarle su pistola.

El Duque de Compans solo habia visto una vez al escultor, pero sus facciones se habian quedado sin duda muy impresas en su memoria, porque le reconoció á la primera ojeada.

—Dos contra uno!... murmuró ocultando su espanto colérico bajo una apariencia de desprecio.

Gaston levantó sus ojos y exaló un grito de sorpresa á la vista del escultor.

—Ah! el cielo os envia! exclamó el joven. Santa tendrá al menos un protector... Llevaosla, caballero, llevaosla, vos que habeis sido un hermano para mí... llevaosla de esta casa donde hasta el aire mancilla y deshonra!

—La llevaremos ambos, replicó Romeo, que levantó al joven sosteniéndole entre sus brazos con una ternura paternal. Pobre niña! añadió con un acento de reproche, hé aqui dos veces que la abandonais, Gaston!... Y ella os ama tanto!... Teneis por ventura derecho para jugar así vuestra vida?

Gaston inclinó la cabeza.

—Mi vida está jugada y perdida, murmuró el joven.

—Contra este hombre?... dijo Romeo señalando desdeñosamente al Duque con el dedo; ciertamente que la partida es leal!... Escuchad! vuestra hermana está llamando...

En efecto, oíase la voz llorosa de Santa que gritaba:

—Gaston! Gaston!

Romeo tomó á este por un brazo y arrastró-le á pesar de su resistencia.

—Vamos á volver; dijo el escultor.

Pero, antes de dejar la habitacion, volvióse al Duque y dirigióle una mirada imperiosa señalando la puerta.

El Duque se encogió de hombros y trató de sonreirse...

Romeo y Gaston penetraron en el gabinete. Allí permanecieron solo un minuto.

Cuando volvieron á la habitacion en que habia tenido lugar el combate, Santa se apoyaba, como en sus sueños, por un lado en el brazo de Gaston, y por el otro en el de Romeo.

Y como Gaston habia tenido tiempo para decirla que debia dos veces la existencia al escultor, Santa sentia en su alma un júbilo que compensaba todos sus largos sufrimien-

tos.....

El Duque de Compans-Maillepré no habia sin duda juzgado apropiado el esperarse á reclamar su deuda.

Romeo le causaba casi tanto terror como á Burot.

El Duque, pues, se habia retirado

Solo tenemos que atravesar los jardines para introducirnos en casa de Leon Duchesnel.

Creemos que no sea preciso pararnos á explicar la aparicion de Romeo, supuesto que ya lo hemos visto conducido hasta la casita de recreo por la solicitud del mismo Burot.

El festin dado por Duchesnel habia concluido ya. Capitales, Prunot, Sanguin y comparsa se habian ido á lucir en otra parte ese ingenio fino y repulido que distingue eminentemente á nuestra dorada juventud.

Sin embargo, Duchesnel, no habia perdido su desayuno.

Batilde de San Faramundo habia dado una leccion á su muger. Una leccion de dos horas, que merece, ciertamente, mencion especial.

Esto fué algunos minutos despues de la comedia que el Duque de Compans-Maillepré habia ofrecido por el balcon á la curiosidad

de los convidados de Duchesnel.

Séguramente la loreta comenzaba a fastidiarse. Feliciano Capitales le parecia insípido, el Baron Prunot escandaloso y grosero, J. B. S. T. Sanguin execrable.

Pelábase la lengua con su tercer cigarro.

Durandin se acercó á ella y entabló una conversacion. Durandin no era á la verdad un hombre brillante; pero allado de todos aquellos señores podia pasar por agudo.

Despues que hubo hablado algunos minutos dando vueltas á sus pulgares, la loreta le enseñó sus dientes con una carcajada.

Duchesnellos miraba desde lejos con aire de inquietud.

—Conque, de ese modo, dijo la loreta al procurador, es necesario que yo la haga un pomposo elogio del bueno de M. Polypo.

—Un elogio épico, respondió Durandin, lo mas revolucionario y trastornador que podais discurrir!... Y luego, ya me entendeis... la manera de manejarse.

El procurador se echó á reir como un bendito, dando vueltas á sus pulgares, con la mayor inocencia. La loreta se levantó.

Duchesnel se habia mezclado en el grupo de Capitales y comparsa para ocultar su agitacion creciente.

Durandin le llamó y le dijo:

—Amigo mio, la señora queria dar las buenas tardes á tu muger.

Seguramente seria difícil imaginar una posición mas embarazosa y triste que la del desventurado Duchesnel.

Sonrojóse al oír á Durandin, y se inclinó de mala manera, murmurando confusamente cuatro palabras de cumplimiento.

Luego, ofreció su brazo á la loreta que mostraba una maligna sonrisa en sus frescos labios.

El buen Durandin, que representaba en todo esto el papel de padrino, siguió, pues, al diplomático y á Batilde hasta la habitación de Carlota, y encargóse de conducir despues al marido.

La loreta y Carlota quedaron solas.

—Mi muy querida señora, dijo Batilde, arrellanándose en su sillón, despues de ordenar con presteza los pliegues descompuestos de su vestido, sabeis que sois adorablemente hermosa!... Qué boca tan linda!... qué sonrisa tan deliciosa!... ojos divinos!... frente encantadora!... Os haceis vos misma el tocador?... qué cabellos teneis tan preciosos!... y luego ese talle!... Verdaderamente que no conozco una muger, aun entre las mas de moda, que pueda compararse con vos!

Carlota se quedó confusa y sonrojada, al

oir esta salva de palabrotas.

Se encontraba mal, frente á frente con aquella muger, cuya relacion desenvuelta la embarazaba llenándola de asombro. Aquellos cumplimientos desvergonzados, dirigidos á quemarropa, la irritaban, hiriendo todo el orgullo de su noble corazon. Su rostro, como un espejo movible, reflejaba fielmente sus diversos sentimientos.

Batilde, que no cesaba de mirarla frente á frente, no pudo engañarse acerca del efecto que producía su exordio, y leyó de corrido en la espresiva fisonomia de la joven.

Pero Batilde no sabia turbarse ni perder su aplomo.

—Dios mio! continuó esta en un tono de superioridad cariñosa, ya veo que vuestra hermosa modestia se asusta de oirse decir tan estupendas verdades... Pero, qué quereis! yo soy tan... siempre hablo con el corazon en la mano... Vos me gustais muchísimo; os lo digo, como os diria lo contrario si asi no fuera.

Carlota hizo una inclinacion fria.

Ella, que era tan viva, tan resuelta naturalmente, se sentia como helada por aquella familiaridad estemporánea.

Aquella audacia aturdida la repugnaba sobremanera. Delante de aquella muger

se volvía tan reservada y taciturna como era alegre, dulce y bondadosa por carácter.

—Yo no diré que no lleguemos á ser un par de amigas... continuó la loreta; me parece que soy vuestra hermana mayor; á mí me toca tomar la iniciativa... Pero dejemos esto; porque os estoy desconcertando... Ah! querida mia, será preciso que perdais esa timidez!... Las dos, á la vez, trataremos de conseguirlo.

Se estendía el rubor por la frente de Carlota. Levantó sus ojos, en los que se reflejaba una dignidad altiva, y respondió con dulzura:

—Señora, vos no me desconcerteis... Solo que... yo no sé cómo responder á las bondades de que teneis la bondad de colmarme.

—Tambien un poco burloncita! exclamó la loreta, echando al mismo tiempo una carcajada, eso es divino!... Pero decidme... qué tal os parece M. Polypo?

Esta pregunta era inesperada.

Batilde la hizo con cierta precipitación brusca, para juzgar mejor de su efecto.

Carlota la miró con asombro.

—M. Polypo? repitió esta. Señora, no sé á la verdad....

—Si tal, querida mia, interrumpió la lore-

ta, le habeis visto una vez, y esto basta... Debeis acordaros bien de su persona.

Batilde echó hácia adelante su gracioso cuerpo y apoyó el codo en el brazo de su sillón.

Sus ojos, que no se separaban un punto de Carlota, habian perdido su espresion risueña, para tomar un aire de afectuoso interés.

No era aquello una ficcion. La loreta no se reprimia nunca ni aun delante de los hombres...

—Señora!... interrumpió Carlota, cuyas cejas delicadas se fruncieron ligeramente.

—Oh! por Dios!... exclamó Batilde, aunque os diga lo que os diga no os formaliceis! Nadie se enoja conmigo, querida mia, aunque doy motivos para ello con harta frecuencia... Si vos os enojais, vos, que justamente no teneis por qué, esto me seria muy duro, porque bajo mi palabra, yo no tengo mas deseo que el de servirlos...

La miró Carlota de nuevo, y sintió disminuirse algun tanto sus prevenciones contra ella. Continuó, sin embargo, fria y reservada.

La loreta repuso con la mayor gravedad:

—Yo he venido aqui, querida mia, para hablaros de M. Polypo... Solo de M. Polypo!

—Para qué? preguntó Carlota.

—Para que llegueis á conocer, esto es indispensable, los merecimientos de un hombre tan digno como él... Vos le habeis visto ya... bien sabéis que Dios ha puesto en su rostro una enseña repugnante hasta el extremo.... Pues bien! querida mia, lo que se esconde bajo esa máscara grotesca y odiosa es mil veces mas repugnante todavía, yo os lo aseguro!

—Por qué me decís todo eso? interrumpió Carlota; yo apenas conozco á M. Polypo...

—Querida niña, yo os explicaré mis razones cuando haya concluido... Es necesario proceder con órden .. Yo hablo muchas veces solo por hablar, pero ahora, estad segura de ello, mis palabras tienen un objeto determinado... Dejadme primero que os describa bien á M. Polypo, y ya veremos despues....

El rostro de la loreta habia perdido ya esa espresion convencional que la imponia la costumbre, y sobre todo su profesion. Su sonrisa la ayudaba entonces sobremanera; sus ojos pestañeaban de inteligencia y de malicia bajo el arco pronunciado de sus negras cejas.

Involuntariamente, Carlota se sintió domi-

nada por una vaga impaciencia de oír y saber.

La loreta acarició el hoyito de su barba, y dió libre curso á su elocuencia.

—Yo estoy muy segura, querida mia, continuó, de que vos no abrigais la menor idea respecto de Polypo y de sus iguales... Pero es preciso haber penetrado en lo mas espeso de la muchedumbre, es preciso reconocerlo todo, saberlo todo, para lograr darse cuenta exacta del grado de maldad á que puede llegar un hombre, con figura semi-humana, que se concilia el aprecio y los loores del mundo, merced á las infamias vergozosas que ha sembrado por todas partes...

«Yo no os lo diré todo, porque no quiero sonrojar vuestra hermosa frente... porque quizás no lo sepa yo todo tampoco... y en fin, porque la historia de ese hombre, relatada detalladamente, duraria de seguro muchísimos dias...»

—Tendré acaso un interés que ignoro en conocer esa historia? preguntó Carlota.

—Sí, querida mia, respondió Batilde sin vacilar.

Despues continuó con una energía que no era de esperar, separando por la primera vez sus ojos de Carlota.

—Es un pensamiento vil!!... vil y cobar-

de!... figuraos, añadió dirigiéndose á la joven, que ese Polypo ha ejercido todas las profesiones infames...

»No existe industria oculta y vergonzosa en que él no haya metido sus manos codiciosas hasta el codo... Llegó un dia á París, joven aun, feo, desnudo, dirigiendo á derecha é izquierda sus ojillos ávidos, por descubrir un bolsillo inflamado en que ejercer la destreza de sus dedos engarabitados... Fué ratero, encubridor; si no ha llegado á ser asesino, consiste en que es cobarde como una liebre... y esta es sin contradiccion la circunstancia menos odiosa de toda su vida... Entre nosotros, hija mia, yo soy quizá la primera á quien se lo oís, entre nosotros un hombre que posee diez mil francos y un corazon hecho de cierta manera y cubierto con una concha suficientemente impenetrable, tiene el derecho de matar, sin peligro de comprometerse, á los pobres que solo poseen mil escudos...

»Polypo y todos los que se le asemejan han dado muerte á un número mayor de infelices que el cólera y la fiebre amarilla...

»Este es su oficio, y viven de él. El dia menos pensado se les encuentra desempedrando las calles con un magnífico carruaje. La Bolsa les ha elevado bajo la advocacion de sus santos. Mañana, prestarán dinero á los reyes,

pasado mañana, si Jerusalem se pone en venta, serán emperadores!...

»Pero ayer... Ved ahí á Polypo, cuyo poder es incontrastable, que pasea su innoble personilla por las alfombras de nuestros primeros salones financieros, sin que nadie se tape las narices al sentir el perfume de usura que derrama alrededor desí; ayer, Polypo alojaba al vicio, explotaba el vicio, vivía del vicio; ayer, Polypo tenía una tienda en el Temple, para prestar dinero sobre el jornal de los trabajadores...

»Todo esto se ha horrado; ya no quedan ni aun las señales de ello, y, á decir verdad, qué diferencia hay entre él y muchos otros caballeros que toda su vida han operado en grande, sin haber tenido necesidad de pasar por los grados inferiores de la escala usurera?...

»Querida mia, es necesario que conozcaís á ese hombre... No tiene ni corazon, ni alma, ni conciencia!... Labra la existencia humana lo mismo que un campesino labra sus tierras. Corta siempre por lo sano... también él caba, y, con sangre, hace oro...

»Alrededor de él, solo hay lágrimas, sollozos de desesperacion, gritos de angustia; pero él se queda con el oro adquirido, con el oro adquirido por su incesante acopio. Qué

importan las heridas de donde brota este oro?...

» Vos no lo sabeis?... Su mano no se abre nunca para consolar la miseria suplicante. Pero ese hombre sabe ser pródigo como un Sátrapa cuando lo pide la ocasion. Ese hombre va á dar por una vagatela, por menos que una vagatela, por menos que nada, por una muger! el doble de lo que reciben al año los Ministros del Rey de Francia...

» Y cada uno de los billetes de á mil francos que componen esta magnífica largueza ha sido robado á las necesidades de diez familias!...

» Y pídasele por Dios un dia de demora, un instante de descanso! Nada de eso! esa es la ruina del comercio! porque la probidad de los mercaderes consiste en la exactitud! Ese pobre hombre que no puede pagar, es por lo mismo indigno de perdon! Polypo veria el medio de escusarle, tal vez, si ese hombre pudiera pagar y no quisiese...

» Yo le conozco, señora, yo le he visto rechazar las súplicas, mofarse de las lágrimas, y dar con el pié á la miseria agonizante!...

» Polypo es el prestamista mas infame que ha insultado jamás la vergüenza pública! es el negociante multiplicado por el truan, el usure-ro camastron y redomado, el judío que hubie-

ra entrado en competencia con Judas ofreciendo una rebaja en el precio de la sangre del Salvador!»

Hablaba Batilde con una vehemencia extraordinaria. Sus mejillas se habian sonrosado, sus ojos brillaban de entusiasmo y de cólera. Pero de repente se interrumpió... Su escéptica carcajada cayó como un jarro de agua sobre el fuego de sus palabras.

Cambió, pues, de tono, y continuó:

—Niña mia, todo esto quiere decir que Polypo es un miserable galopin... Yo hubiera podido decirlo sin tantas palabrotas... pero este es el inconveniente de las malas relaciones; yo he tenido trato familiar con un periodista á la moda... Volviendo á M. Polypo, aunque sea una sanguijuela tal como os la he pintado, no vale ni mas ni menos que otros muchos. Los millones se han hecho para esplotar la bolsa de los pobres, como los grandes rios para recibir á los arroyos... Y yo conozco á un hombre, admiráos! un hombre que podria dar tantos á Polypo .. un hombre cien veces mas vil que Polypo mismo!... A que no adivinais su nombre?...

Carlota, que habia escuchado desde luego con un principio de interés la salida de la loreta, se habia vuelto á quedar indiferente; aquellas cosas exageradas ó no, ya no la lla-

maban la atencion. El tono violento de Batilde impedia, por otra parte, que la conviccion entrase en su alma. Sentia hácia el usurero millonario una repugnancia mezclada de desprecio, que las palabras de Batilde no habian logrado convertir en ódio.

Habia demasiada distancia entre aquel fango y el noble corazon de la hija de Maillepré... Sin embargo, Carlota no pudo menos de turbarse vagamente al escuchar las últimas palabras de la loreta. Era tan reducido el círculo de sus conocimientos! Despues de hacerla un retrato horrible y repugnante se la decia: hay otro hombre peor, vos le conoceis, adivinad su nombre...

—Señora, replicó Carlota, creo que os equivocais... yo vivo en esta casa en una soledad casi completa.

—Ah! cierto que sí!... exclamó Batilde, cerrada como en un claustro!...

Interrumpióse, y añadió entre dientes:

—Antes de ser vendida!

Carlota la miró con inquietud.

En el semblante mudo de Batilde habia una espresion de verdadera compasion.

—Oh!... cierto que sois muy hermosa!... murmuró la loreta. Carlota manifestó de nuevo su frialdad, sombreada por una nube de altanería.

Batilde guardó silencio durante algunos segundos, despues continuó aproximando su sillón:

—Lo repito, señora, existe un hombre mil veces mas vil que Polypo mismo... El hombre que quiere arrojar en los brazos de Polypo una muger joven y pura, cuyo corazon es tan hermoso como su semblante... una pobre muger que se os parece, señora... que es sola como vos... que sufre... y que cree en el amor del que ama.

Carlota estaba pálida y temblorosa.

—Señora, balbuceó esta con voz alterada, yo no os comprendo.

—Ah! pobre niña, dijo la loreta en un transporte de efusion verdadera, fuerza es que al fin os lo diga: la muger que quieren entregar á M. Polypo, sois vos...

Carlota sintió desfallecido su corazon.

—Y el hombre, murmuró esta con acento moribundo, y el hombre que quiere entregarla?...

—Es vuestro marido, pronunció en voz baja Batilde.

Al mismo tiempo quiso tomar una mano de la joven. Pero Carlota la rechazó con violencia.

Levantóse indignada. Su talle flexible y gracioso se revistió de una arrogancia régia.

Dirigió á Batilde una mirada de desprecio, y dijo con una sonrisa orgullosa:

—Mentís!... no os creo una palabra!...

Batilde meció lentamente la cabeza.

—Todo eso es muy difícil de creer, en efecto, replicó la loreta; la idea de una bajeza tan inaudita no debe tener cabida de repente en un alma tan noble como la vuestra, señora... Pero fuerza es que lo creais porque habeis menester defenderos... Reflexionad un poco: qué interés podria yo tener en engañaros?...

—Yo no sé!... yo no sé!... exclamó Carlota prorrumpiendo en llanto: pero yo no os creo! yo no os creo! no quiero creerlos!... Dejadme, señora, os lo pido por favor... Vuestras palabras me asesinan!

Batilde reflexionó un instante. Una amarga sonrisa bañó sus labios.

—Acaso valdria mas!... pensó la loreta; así no se asesina!

Su mirada se fijó en Carlota que acababa de sentarse de nuevo aniquilada...

—Y sin embargo, continuó diciendo para si, hay en ella tanta pureza! Cuántas lágrimas arrancará la vergüenza y la humillacion á esos dulces ojos!...

Enderezóse en su sillón, y continuó con tono resuelto y casi duro:

—Señora, he comenzado, acabaré... No me

impongais silencio, porque no obedeceré... Sabeis vos quién soy yo, yo á quien vuestro marido ha hecho sentar á vuestra mesa?... Yo soy una de esas mugeres á quienes los hombres toleran y no favorecen nunca... una de esas pobres locas que han comprado el placer á precio del honor... una de esas criaturas cuya sola presencia bajó el techo conyugal es ya un insulto grave... Vuestro marido me ha abierto la puerta de su casa y me ha dicho, señalándoos implacablemente con el dedo! Tú, que estas perdida ya, enséñala el camino de la perdicion!...

—Mentís! mentís! balbuceó Carlota aterrada.

—Ah! señora, vos me creeis muy bien! repuso Batilde. Vos no podeis menos de recordar algunas tentativas que han debido hacer contra vuestra ignorancia... Para haberse decidido á enviarme á vos, fuerza es que M. Duchesnel haya ensayado en valde alguna vez sus proyectos...

—Dios mio! Dios mio! murmuró Carlota, ahora me parece... Pero no, es imposible!

—Os acordais!... continuó Batilde. No ha sido, por otra parte, ayer cuando os han presentado á M. Polypo?... El ajuste estaba hecho... Se habian dado ya señal... Yo he venido á vos de parte de vuestro marido,

encargada de empujaros suavemente sobre el declive que desciende al abismo en que me encuentro hundida!

Carlota se cubrió el rostro con las manos. Durante algunos segundos se oyeron sus sollozos desgarradores. Luego se ahogaron aquellos sollozos. Estaba recostada en el respaldo de su sillón, privada de sentido...

Batilde se levantó y estampó un beso en su frente descolorida. La loreta tenía los ojos humedecidos... Despues salió y dijo a la doncella de Carlota que acudiese al socorro de su señora...

Cuando volvió á entrar en el salón donde la esperaban sus caballeros, ya había recobrado su resuelta sonrisa y sus modales indolentes.

Lo que acababa de hacer, tal vez había sido un capricho, una humorada... Pero, según dicen, en el pecho de una loreta late á veces un corazón.

—Vamos, hermosa dama, dijo Capitales; se ha hecho traer vuestro traje de amazona... nuestros caballos están impacientes en el patio.

Durandin se había acercado á ella con paso de lobo.

—Y bien?... murmuró el procurador.

—Se ha desmayado, respondió la loreta.

—Ah! bah! bah! replicó Durandin; hasta ahí han llegado las cosas?...

Batilde entró en una pieza inmediata para vestirse su trage de amazona. Cuando estuvo vestida, bajó al patio, escoltada por Capitales y comparsa, y apoyada en los brazos de Durandin y Duchesnel.

Este último estaba cuidadoso é inquieto.

—Señora, dijo en voz baja en el momento en que la amazona se lanzaba sobre su vivaracho alazan, qué habeis hecho, pues, para que se haya desmayado?...

—Pasad delante, caballeros, dijo Batilde, yo cerraré la marcha.

Capitales y comparsa caracolearon y salieron.

Batilde, sola ya con Durandin y Duchesnel, volvióse á ellos, y dirigió al diplomático una mirada de amargo desprecio.

—No es cierto que era una mision delicada la que habia yo tomado sobre mí, señor Duchesnel? preguntó la loreta; yo he hecho cuanto he podido... Y á estas horas, puedo deciroslo con seguridad, vuestra muger sabe tan bien como yo que sois un miserable!

Batilde tocó con la punta de su látigo el anca de su caballo, que partió al galope...

Se miraron cara á cara Duchesnel y Durandin.

El diplomático estaba como si le hubiera herido un rayo.

El procurador no sabía dar vueltas á sus pulgares cuando se hallaba de pié. En aquel momento parecía muy próximo á desconcertarse, porque esta circunstancia le despojaba de su presencia de ánimo.

Al cabo de algunos segundos, encogióse de hombros, y resopló inflando sus carrillos.

—Psí! murmuró. Batilde ha mentido...

—Y si no hubiese mentido?... replicó Duchesnel en voz baja.

—Diantre! respondió el procurador; entonces sería preciso ver... ver lo que dice tu muger...

—Y todo se habria perdido! murmuró Duchesnel; conozco bien á Carlota... me va á aborrecer y... no hay mas!

—A fé mia, Leoncito, dijo Duchesnel, debes convenir conmigo en que esto no es lo mas importante en el negocio.

Duchesnel exaló un fuerte suspiro, y dió una patada en el suelo con aire de cólera.

—Tú lo has querido! exclamó; y yo pierdo su amor y nada consigo en cambio!...

—Hijo mio, replicó Durandia, tú mejor que nadie debes saber que no todas las negociaciones tienen buen éxito... De vez en cuando se ven algunos embajadores que hacen

traicion á los que los envían...

Duchesnel hizo un gesto de impaciencia.

—Eso es otra cosa! eso es otra cosa! repuso Durandin. Quieres que tome las de villadiego?...

—No, replicó Duchesnel; tú has sido quien me ha puesto en este mal paso... es necesario que me ayudes ahora... que me aconsejes... cómo vamos á salir de este atolladero?...

Durandin se acarició la barba.

—Yo, dijo el procurador, si me hallára en tu lugar, emplearía medidas extraordinarias.

—Qué entiendes tú por medidas?

—Entiendo... es decir, medios radicales... recursos... ya me entiendes... nada de paños calientes... Es preciso cortar por lo sano, esta es mi opinion.

—Y qué hay que hacer?

—Tu posición está manifiesta... Ayer me decías aun: Yo estoy á pique de dar una voltereta... me hallo á dos pasos de la zanja. Hoy ya debes hallarte solo á paso y medio... es necesario ver, pero inmediatamente, si pueden hacerse todavía algunos fondos por medio de tu muger... En el caso de que ella se niegue decididamente á todo acomodamiento... A fé mia, Leon, ya se sabe que al fin de un sitio se tiran todos los instrumentos

inútiles!...

—Y piensas tú?... dijo Duchesnel.

—Seguramente que sí... Pero tienes tú interés en hablar de estas cosas en medio del patio?...

Duchesnel subió la escalera de su casa. Al atravesar la antesala, preguntó por Carlota, que acababa de recobrar sus sentidos.

Durandin y él se sentaron el uno junto al otro en el salón.

—Te decia, repuso el procurador, que comenzó sobre la marcha á dar vueltas á sus pulgares, te decia, pues, que en un sitio....

—Adelante, interrumpió Duchesnel

—Pnes bien! esto es muy sencillo... Para qué te sirve ya tu muger?... En adelante te va á aborrecer, á despreciar!

Duchesnel dejó escapar un gemido de cólera.

—Ah! continuó Durandin, ya puedes conocerlo, aunque te lleven los demonios, esto no cambia la fisonomía del asunto!... Ello es indudable que tu muger te aborrecerá!... esto está bien. Por otra parte, ahora que está sobre aviso, el negocio con M. Polypo... buenas noches!...

—Diputado! murmuró Duchesnel.

—Sí, sí, yo lo conozco, eso es muy triste, convengo en ello... pero amiguito, lo cierto

es lo cierto!... Resta saber, si en tu posicion actual, una muger que para nada sirve, no es la carga mas perjudicial y peligrosa que hay en el mundo...

El procurador se quedó en silencio.

Duchesnel permaneció mudo.

—Qué dices tú de esto? repuso Durandin...

Duchesnel no respondió palabra.

—Es que me acuerdo, continuó el procurador, de nuestra conversacion de ayer... La Duquesa está celosa... Lea Verin está celosa... Querido mio, ya no te queda el recurso de guardar á tu muger, supuesto que tu muger no puede reemplazar á estas damas... Por mas que lo des vueltas, yo te aseguro que no saldrás de este barranco!

Duchesnel estaba muy pálido; sufría horriblemente.

—Ah! yo no creia amarla tanto! murmuró.

—Ahí estamos ahora!... dijo Durandin. Asi como asi... bien! Arrodillate á sus pies!... Cántala una tiernísima elegía... Haceis las paces como dos tortolitas, y yo te ofrezco una plaza de tercer amanuense en mi despacho.

Duchesnel dirigió al procurador una mirada de pesadumbre.

—Yo conozco bien que tienes razon, dijo el diplomático, pero...

—No hay pero que valga, hijo mio!

—Sin embargo, es preciso al menos asegurarnos...

—Eso es muy justo.

—Si tú te encargáras de ir á hablar á Carlota...

Durandin cesó de dar vueltas á sus pulgares, é hizo un gesto de angustia.

—Ah! hijo mio, respondió el procurador, yo no valgo nada para semejantes negocios!... Qué diablos quieres que yo diga á tu muger?...

—Lo que tú quieras, replicó Duchesnel tristemente; pero yo... yo tengo miedo de verla!... No sabria cómo soportar sus reproches... Me amaba tanto!...

—Eso es indudable, amigo mio... Yo comprendo bien esas pequeñeces... En fin, si prometes conducirte como hombre discreto, me encargo de sostener el primer fuego.

—Yo haré lo que tú quieras, dijo Duchesnel.

—Y hé aqui dos dias perdidos ya en ocuparme de tus asuntos... Sabe Dios que los del Marqués reclaman bastante mis cuidados... Por último, necesario será que estos novillos que estoy haciendo lejos de mi escuela, sirvan de alguna cosa... Escucha: la cuestion es esta, á mi modo de ver. i. ° Si madama Duches-

nel no sabe nada, ó si sabiendo algo, no se manifiesta muy furibunda, queda estipulado que el contrato de Polypo será retirado prontamente, y que el negocio seguirá su curso como quede convenido entre las partes: 2.º, si por el contrario, madama Duchesnel está en autos, gracias á la diligencia de Batilde... yo doy todo esto á los demonios de mejor gana que lo digo!... y si ella resiste á todo acomodamiento, quedamos de acuerdo en que tú la conducirás, acto continuo, al lugar de donde la tragiste.

—Pero... comenzó Duchesnel...

—Ya te he dicho que no hay pero que valga!... Puedes estar muy seguro de que en segundo caso, la susodicha madama Duchesnel no pedirá otra cosa mas que retirarse á casa de su hermano...

—Así lo temo, murmuró el diplomático.

—Así lo espero yo!... dijo Durandin: estamos?

—M. de Naye me dió justamente su targeta en los cerros de Saint-Chaumont, dijo maquinalmente Duchesnel.

—Perfectamente! exclamó el procurador. Reflexiónalo bien... jamás se ha establecido un dilema mas lógico... O te ama tu muger ó no te ama... Si te ama todavia, la conservas contigo... si no te puede sufrir á sulado, la lle-

vas á casa de su hermano... dejándola llorar ulteriormente con separacion... Yo me encargaré de buena gana de esta comision...

No vaciló Duchesnel mas que un momento. El procurador hablaba en efecto con cierta apariencia de conviccion... Desde el momento en que Carlota pudiese medir el grado de humillacion á que habia descendido su esposo, era indispensable una separacion.

—Haz lo que tú quieras, dijo Duchesnel.

Durandin pasó á la habitacion de Carlota.

Esta estaba completamente sola. Habia recobrado sus sentidos, pero permanecia como anonadada.

El procurador se sentó á su lado.

El horror grandioso, épico, tiene su poesia; el horror vulgar es siempre repugnante.

Echaremos un velo sobre esta escena, en que un guapo mozo razonablemente reservado, dedicado á una profesion pacífica, y formalmente incapaz de matar una mosca sin precision, dió vueltas al puñal, durante media hora, en el corazon ulcerado de una pobre muger.

La embajada de Durandin no presentaba, por otra parte, la menor dificultad. Carlota era orgullosa y viva: en su lijereza infantil habia un fondo de enérgica altivez. Ella debia andar por sí la mitad del camino.

Las primeras palabras de Durandin la humillaron bajo el peso de su vergüenza. Hasta aquel momento, la pobre niña había querido dudar aun. Acusaba á Batilde de impostura, y no quería creer en su desgracia. Pero la duda era ya imposible desde entonces. Pasado el primer momento de su terrible dolor, Carlota se enderezó altanera: su orgullo innato la demostró lo que debía pensar y decir en semejante circunstancia.

Manifestóse digna, firme y noble. Tuvo bastante valor para ocultar la herida de su alma desesperada.

—Y bien! mi querida señora, dijo Durandin, despues de una conferencia harto larga, me parece evidente que M. Duchesnel y vos no podreis arreglaros nunca sobre este punto... Y este punto, ya se vé, es el principal... Si no os he comprendido mal, creo que vos no estareis muy lejos de abandonar el domicilio conyugal...

—Si yo supiese dónde encontrar á mi hermano!... murmuró Carlota.

Mi querida señora, nosotros lo sabemos... Yo tengo los plenos poderes de M. Duchesnel... Si consentís en el o, vamos á terminar esta situacioncilla embarazosa amigablemente, sin ruido, sin escándalo y como conviene á personas bieneducadas... Y omis-

mo voy á conduciros á casa de vuestro hermano.

Los párpados de Carlota temblaron estremecidos, y una lágrima, en vano reprimida, rodó por sus pálidas mejillas.

—Os ha encargado M. Duchesnel que me habéis en esos términos, caballero? preguntó la pobre niña.

El procurador se inclinó con un aire de política amabilidad.

Vaciló aun Carlota durante un segundo, después dijo levantándose:

—Caballero, estoy pronta á seguiros.

Durandin la ofreció su brazo y Carlota aceptó.

Ambos montaron en el carruaje de Duchesnel que tomó el camino del Marais.

Gaston se hallaba entonces todavía en la casita de recreo del Duque de Compans.

Cuando Carlota entró en casa de su hermano, solo estaba en ella la anciana Duquesa, inmóvil en su sillón, y Juan Maria Biot, que oraba llorando, junto al cuerpo sin vida, blanco y casi diáfano de la pobre Berta.

Asunto de familia.

El Duque de Compans estaba ya de vuelta en su palacio desde mucho tiempo antes.

Eran las nueve de la noche.

El Duque no se manifestaba resentido de las faenas de aquel día. Al volver á su palacio, se había encontrado una buena noticia, y el gozo da tranquilidad y calma.

A la hora en que nosotros le hallamos, estaba en su gabinete, asistido por Denisart, que había tomado desde el día anterior casi las maneras de un favorito.

En cuanto á Burot, solo la baraja podía consolarle de haber conducido un intruso á la ca-

sita de recreo de su señor.

Mostraba el Duque en su rostro toda la alegría de su alma. Su ayuda de cámara habia reparado las averías de su tocador. Estaba brillante, alegre, jugueton, y mucho ganaba la pobre Santa con hallarse entonces al abrigo de sus ataques.

Sobre el bufete del Duque, se veia abierta la cartera encarnada sustraída por Pedro Worms, álias el Rorro, del escritorio del joven Marquesito de Maillepré.

El Duque hojeaba uno por uno los diversos papeles que contenia la cartera.

A cada nota que pasaba por sus manos, su sonrisa se prolongaba mas y mas; sus ojos pestañeaban, con una espresion burlona de triunfo. El Duque se habia rejuvenecido veinte años. Porque aquel hallazgo no influia solamente respecto del Marqués. Puesto este fuera de combate, qué fuerza tenian las baladronadas de Duchesnel? qué fuerza las pretensiones de madama la Duquesa?

Y, sobre todo, qué recursos para establecer su procedencia le quedaban á aquel joven Maillepré que acababa de presentarse delante de él como una amenaza?

Esta circunstancia daba á la cartera un valor incalculable.

Ya no habia recelos! el horizonte se aclaraba.

ba. Sus enemigos, reunidos todos, y aun aliados con los verdaderos Maillepré, no podían ya nada contra él!... Iba á convertirse de nuevo en un hombre! Iba á mandar otra vez, é hablar en alta voz, á ejercer esa profesion de tirano, que constituye para ciertos seres el supremo placer de la vida!

—Esto está muy bien!... muy bien! se decía á sí mismo. Este pillete de Marqués podía decir con razon que me tenia en su poder!... esta era una mecha puesta en su mano; si yo hubiera dado un paso adelante, los dos volábamos á la vez... llé aquí unos documentos preciosísimos á todas luces!

Detúvose, y añadió sonriéndose:

—Hasta por su lado histórico!... Una carta de Lafayette!... un nombramiento de coronel al servicio de la Union... Esto es magnífico... Pero aténgome á los documentos de familia... todo está, contrato de matrimonio, partidas de bautismo, nada falta... á escepcion del certificado de defuncion del anciano Duque!... Oh! á fé mia, que estoy contentísimo de hacer de este modo conocimiento con todos mis sobrinitos Maillepré!

Volvióse á Denisart, que le observaba con el rabo del ojo.

—Esto está perfectamente, le dijo el Duque, no me habian engañado, sois un hom-

bre de recursos... Cuánto os habia prometido?

—Tres mil francos, señor Duque, respondió Denisart con una profunda inclinacion de cabeza.

—Tres mil francos! exclamó Compan; eso no es suficiente... Voy á daros seis mil, y desde ahora os doblo el sueldo.

—Ah! señor Duque!... comenzó á decir Denisart, cuya coloradilla nariz, y cuyos ojillos de gato quisieron espresar un respetuoso enternecimiento.

Iba á endilgar sin duda cuatro periodos universitarios y retumbantes, cuando el ayuda de cámara entró á anunciar al Marquésito de Maillepré.

Denisart se retiró á un rincon de la pieza.

El Duque reunió, con un rápido movimiento los diferentes papeles separados, que contenia poco antes la cartera encarnada, y guardólos en un cajon que cerró con llave.

En el momento en que ponía la mano sobre la cartera misma para hacerla desaparecer igualmente, fué introducido el Marqués de Maillepré.

Este estaba muy pálido, y echábase de menos aquel dia algo del esmero elegante de su vestido; pero estas eran las únicas señales de turbacion que descubria su persona; su

semblante conservaba la misma espresion de audacia tranquila y descuidada.

El Duque se habia levantado para recibirle.

Los dos cambiaron un saludo.

El Duque aparecia risueño; el Marqués se presentó reservado y frio.

—Caballero, dijo este último, he estado ausente de mi casa durante algunos dias... en este tiempo, he sido saqueado de una manera harto atrevida.

—De veras? respondió el Duque; contadme eso, querido primo.

El Duque se sonreia al decir estas palabras.

Su mirada y la del Marqués se fijaron á la par sobre la cartera encarnada.

—Este es un mueble de familia, murmuró el Duque haciendo una cortesía.

—Creo reconocerle bien, respondió el Marquesito con una inclinacion igual, y por eso no me tomaba la pena de referiros detalladamente mi aventura... Vos sin duda, querido primo, habreis tenido la primera noticia..... No es verdad?

—Difícil me seria negarlo, contestó el Duque.

Denisart, en su rincon, inclinaba su hipócrita semblante sobre una copia comenzada, sin atreverse á levantar sus ojos. Pero di-

rijia de vez en cuando una mirada cautelosa y tímida hácia el recién llegado que estaba vuelto de espaldas á él.

Las cejas del Marqués se habian fruncido lijeramente.

—Los dos jugamos fuerte, querido primo, dijo este último.

—Yo soy jugador, replicó el Duque.

—Preciso es serlo en efecto, primo mio, repuso el Marqués en voz baja, pero fuertemente acentuada, para comenzar hoy de nuevo la partida que puso en otro tiempo esa cartera entre mis manos.

El Duque tuvo que hacer un esfuerzo para conservar su sonrisa.

—Primo mio, continuó el Marqués, estais enteramente decidido á retener á mi pesar ese mueble de familia?

—Esa pregunta es muy estraña, replicó el Duque.

—No tal, primo mio... voy á deciros por qué... Ayer apreciaba yo esa cartera como se aprecia la fortuna... hoy, las circunstancias han cambiado mucho; la estimo al presente mil veces mas que la vida... Entendedlo bien... No os revistais de una loca confianza pensando que exagero ó que intento asustaros... Necesito esa cartera... La obtendré, aunque me fuese preciso mataros para con-

seguirlo!... aunque tuviera que incendiar vuestra casa! aunque tuviera!... Pero para qué tantas palabras?... Os digo que quiero esa cartera!

Los ojos del Marqués brillaban amenazantes con una espresion de dura altanería. En su semblante se retrataba una energía indomable.

El Duque le habia temido largo tiempo, para que pudiera permanecer impasible ante aquel furor contenido y concentrado. Pero su mismo adversario le habia dicho que aquella era una partida peligrosa: el Duque tenia en su mano los medios de ganarla; era preciso jugar.

—Primo mio, dijo el Duque trocando su sonrisa burlona en una espresion de franqueza aparente, yo sabia perfectamente de lo que érais capaz y os tenia miedo... os lo confieso sencillamente... mi intencion solo ha sido ponerlos fuera de combate... Pero, qué es lo que necesitais? doscientos mil francos de renta?... yo os los doy; mañana mismo vendo la mitad de las tierras de Maillepré, y os cuento el dinero... porque, ya podreis conocer que entre nosotros todo contrato formal es imposible. Me parece que cinco millones... es un partido aceptable.

Denisart, en su rincon, se relamia de gusto

al oír hablar así de millones.

—Primo mío, replicó el Marqués, vuestra oferta será magnífica, será todo lo que querais... pero yo no la acepto.

—Cómo! la mitad de mi fortuna!...

—Rehusaría del mismo modo las tres cuartas partes, dijo el Marqués con tono grave y resuelto. Rehusaría también vuestra fortuna entera! Os repito que quiero esos papeles.

—Y yo, yo os digo, exclamó el Duque, que ya estoy harto de sufrir vuestro yugo! que convengo en comprar la paz á un precio exorbitante, pero quiero la paz... Y, mientras vos podáis estar sobre mí con el auxilio de esos papeles, yo tendré siempre que temer la guerra...

El Marqués estaba meditabundo. Apoyó un codo sobre el bufete de M. de Compans y colocó su cabeza sobre la mano.

En esta actitud, miraba al Duque frente á frente.

—El hombre á quien yo cojí la cartera hace ya siete años, dijo con una voz baja y triste, era poco mas ó menos de vuestra misma edad.

El Duque se estremeció dirigiendo alrededor una mirada inquieta.

—No temais, repuso el Marqués; cuento

con.daros veinticuatro horas para reflexio-
nar... Ya lo veis, continuó bajando la voz
hasta el punto de que el Duque lograse oírle
con dificultad, hace muy pocos días que he
comenzado á sentir remordimientos... Son
un martirio cruel! Si me fuera preciso ma-
tar por segunda vez, yo moriría, lo sé muy
bien! Pero yo tengo una misión desde hoy,
una misión en el mundo... Fuerza es que es-
ta misión quede cumplida, aunque tuviese yo
que ser dos veces asesino!

El Duque inclinó los ojos bajo la mirada fija
y lenta del joven.

Parecía combatido violentamente por mil
afectos encontrados, y la incertidumbre hacia
más sensibles las arrugas de su semblante en-
vejecido.

El Marqués guardaba silencio.

Al cabo de algunos segundos, el Duque le-
vantó sobre él sus ojos con una expresión de
rencor temeroso.

—Primo mío, murmuró, cuando uno mira
el puñal sobre su cabeza, trata de defenderse
á todo trance... rechazar el hierro con hier-
ro, no escometer un crimen... Pensais aca-
so, vos que me amenazais cara á cara, que
me sería tan difícil prevenir vuestros golpes?

—No, primo mío, respondió el Marqués.
Ese servidor vuestro que ha fracturado con

tanta destreza mi escritorio, debe saber lo demas de su profesion... pero cuando he hablado de matar, ya sabeis lo que he querido decir. En siete años he adquirido mucha experiencia, y ahora desprecio altamente el puñal... Mis armas son mas sencillas... y siete años, como vos sabeis muy bien, no bastan á prescribir el asesinato.

El Duque exaló un fuerte suspiro, que expresaba mas bien la tranquilidad que la inquietud.

Él no participaba de la opinion del Marqués y acordándose de la noche del martes gordo de 1826, miraba el puñal como un arma de que no debe hacerse menosprecio.

—Primo mio, repuso Compans recobrando una espresion de firmeza, os he dicho ya mis condiciones... Nada en el mundo me hará ceder...

—Primo mio, replicó el Marqués, teneis veinticuatro horas para aceptar las mias.

Dejóse caer dichas estas palabras, en un sillón. Sus cejas fruncidas se dilataron, y una sonrisa encantadora apareció en sus labios.

—Hablemos de otra cosa, primo mio, repuso con una jovialidad lijera y juguetona; decidme... habreis quedado contento de la manera con que se os ha servido en esta ocasion... El perillan que me ha saqueado es un

verdadero artista... me ha robado diez mil escudos sin descomponer siquiera ni uno de mis muebles, sin destruir ni una de mis cerraduras... En cuanto al cajon de secreto en que estaba esa cartera, el perillan no tuvomas que alargar la mano para colocarla sobre ella; conoció que estaba vacía; no se desconcertó por eso... el cajon estaba cerrado con ese mecanismo que han inventado M. Goret y M. Chifel, que compiten hace diez años en destreza y habilidad cerrageril... El perillan se hubiera podido ganar los quince mil francos que estos señores ofrecian tan generosamente á cualquiera que acierte á abrir sus cerraduras secretas...

El Duque no pudo menos de acompañar al Marqués en aquel acceso de súbita hilaridad.

—Yo me alegro mucho, respondió el primero con una sonrisa, de que al menos hayan dejado intacta la elegancia de vuestros muebles.

—Sí, sí, repuso el Marqués, todo se ha hecho con un tacto prodigioso... Vos tendreis la bondad de presentarme á ese pillastre, no es verdad, señor Duque?

—Primo mio, yo nada puedo rehusaros; pero no le conozco personalmente.

El Duque pronunció estas palabras con to-

do el desden que convenia en tales circunstancias.

Despues añadió:

—Preciso será que os dirijais á ese guapo muchacho que teneis en aquel rincon... él podrá darnos todas las noticias necesarias sobre el asunto.

El Marqués se volvió, y descubrió por la espalda á Denisart, inclinado como siempre sobre su copia.

Levantóse luego, y dirigióse á él.

Teméndose Denisart una buena correccion, se hacia el chiquito, y temblaba como la hoja en el árbol.

Denisart y el Marqués se miraron.

El primero, cuyo semblante estaba lívido de terror, abrió sus ojos como estupefacto á la presencia del Marqués.

Este mismo hizo tambien un gesto de sorpresa. No es necesario ver tres veces un rostro innoble como era el de Denisart para tenerle presente toda la vida.

El Marqués permaneció un instante inmóvil.

—Ah! eres tú quien ha hecho todo eso! murmuró al fin en voz baja para no ser oido mas que de Denisart; bien... está muy bien.

Y apretó el brazo del pedante que cayó so-

bre su asiento como espantado.

—A fé mia, primo, repuso el Marqués volviendo hácia donde se hallaba el Duque, este hombre está diciendo en su fealdad su profesion... Habeis sabido elegirle; yotendria mucho gusto en asalararle á mi servicio, os lo juro por su fisonomía.

Tomó su sombrero, y añadió saludando con mucha gracia:

—Señor Duque, nosotros nos hemos explicado como hombres leales, y como buenos parientes. Os ruego que tengáis presente que, por mi parte, no faltaré á ninguna de mis promesas. Hasta otro dia.

El Marqués salió. Pero en el momento de trasponer el umbral volviöse háciendo una seña á Denisart que guiñó el ojo temerosamente, y bajó la cabeza.



La sala del asesinato.

El Palais-Royal en siete años, habia sufrido cambios muy notables.

La fuente era mas profunda; las claraboyas de las galerias de madera habian sido reemplazadas por ese pasadizo de cristales que los Suizos y los Belgas se obstinan en mirar como el centro de la elegancia parisiense. Por lo demas, el Palais-Royal habia progresado proporcionalmente. Las fondas se habian multiplicado hasta el infinito, ofreciendo á la glotonería provincial comidas prodigiosas por la módica retribucion de cuarenta sueldos. El juego conservaba aun allí todos sus tem-

plos, y Venus no habia hecho mas que cambiar de sacerdotisas. Pero la moda le abandonaba ya. Bajo sus largas galerias habia una atmósfera de tristeza. El Palais-Royal aparecía frio... El placer se habia cansado allí... El vicio estaba como adormecido y embotado...

El dia siguiente á los sucesos que hemos referido en los capítulos anteriores, como á las ocho de la noche, un elegante cupé, desembocando por la calle Vivienne, se detuvo junto á la escalinata del Palais-Royal.

Un joven de noble presencia se apeó y bajó los escalones que conducen á la galería Beaujolais. Atravesó el corto pasadizo, dirigiendo una mirada á la cueva del Salvage, cuya fama habia disminuido bastante ya, y entró rectamente en el jardin.

Advertíanse aquel dia ciertos síntomas de tempestad politica. El pueblo se habia agolpado en los boulevares, y el bullicio procedia sin duda de la puerta de San Martin.

Una inmensa multitud se apretaba en el jardin.

En efecto, en el Palais-Royal es donde se reúne con frecuencia la gente vocinglera, la seccion literaria de los motines. Fuera de allí

se baten otros. En el Palais-Royal solo hay quien empuje á la batalla, quien charle y quien vocee.

El joven que acababa de bajar la escalinata era M. el Marquesito de Maillepré.

No iba él allí para hablar de política, y sus pensamientos estaban muy lejos de confundirse con las necias baladronadas que circulaban de grupo en grupo. Su fisonomía estaba triste y grave.

Hacia ya siete años que M. el Marquesito de Maillepré no habia vuelto á poner los pies en el Palais-Royal...

Un tropel de recuerdos agitaba su mente. La muchedumbre que le rodeaba venia á ayudar al doloroso afán de su memoria. Imaginábase casi en medio de aquella otra multitud agolpada, ébria, enloquecida, que llenaba los jardines la noche del martes gordo de 1826. Caminaba, como entonces, chocando con el tropel... A cada instante su mirada se detenía sobre algun objeto conocido, del que brotaba un remordimiento....

Allí, delante del café de la Rotonda, el Duque habia pronunciado al oído de Western aquel nombre que, como una palabra mágica, habia tenido el poder de asesinar á un hombre. Allí, estaba el campo de batalla en que Western habia combatido con las máscaras y

derribado á Josepin. Mas lejos, se hallaba la puerta por donde Cármen habia pasado para tomar sus vestidos de muger. A otro lado, se veia la entrada del café de la Cueva, teatro subterráneo donde habia tenido lugar el prólogo de un drama sangriento!...

El Marqués iba y venia, sumerjiéndose con una especie de complacencia sombría en el fondo de sus dolorosos recuerdos.

Al cabo de algunos minutos, volvió por el pasadizo de la Cueva y saliendo á la calle Beaujolais, siguió el mismo camino que habia tomado con Western, siete años antes, bajo el nombre de Cármen, para entrar en la hospedería del Salvage.

El estrecho callejon que salia á la calle de Valois estaba tan negro, tan húmedo y tan frio como en otro tiempo. El Marqués subió los grasientos escalones de la hospedería.

Mucho tiempo hacia ya que M. Polypo habia vendido la propiedad de aquella productiva madriguera. Ya no era madama Polypo la que se sentaba tras del mostrador de la pieza general, pero habíala reemplazado una señora de iguales circunstancias sobre poco mas ó menos.

—Está preparada la sala? la preguntó el Marqués.

—Sí, señor, respondió la muger; la habi-

tacion encarnada en el primer piso; seis cubiertos....

El Marqués subió la escalera, precedido por un mozo que llevaba una bugía.

El Marqués estaba muy pálido. Dos gotas de sudor se deslizaban por sus frias mejillas.

El mozo abrió la puerta de la sala encarnada, y separóse á un lado para dejar el paso libre. Pero, en lugar de entrar, el Marqués retrocedió con paso vacilante, como si hubiera querido volverse atrás.

Alguna vision acababa de pasar por delante de sus ojos. Habia visto tras de aquella puerta abierta, un cadáver tendido sobre el suelo...

Esto fué cosa de un instante; haciendo un esfuerzo violento, el Marqués logró recobrar su presencia de ánimo y entró.

En aquella habitación, que tenia el nombre de la sala encarnada, nada habia, sin embargo, que pudiese inspirar terror.

Era una pieza con su alcoba, cuyo cortinaje podia muy bien habersido encarnado en otro tiempo, pero que ya no conservaba mas que un color indeciso y raro. La habitación tenia dos ventanas cerradas discretamente por sus celosías, una grande alcoba con cortinas y un duro sofá. En medio de la sala habia una

mesa cubierta con blanquísimos manteles, y alrededor seis asientos con todos sus accesorios.

Aquella era una comida encargada de antemano.

El Marqués permaneció de pié á algunos pasos de la puerta. El mozo puso la bugía sobre la mesa é hizo un movimiento para retirarse.

Se hubiera dicho que el Marqués buscaba un pretesto para detenerle.

—Esta mesa está muy inmediata á la ventana, dijo.

El mozo separó la mesa y dirigióse de nuevo hácia la puerta.

—Me parece, dijo el Marqués, que estaríamos mejor junto á la chimenea.

—Como vos querais, señor, replicó el mozo que se preparaba ya á verificar el cambio indicado.

Pero antes que hiciese rodar la mesa, el Marqués repuso bruscamente:

—Está bien así... Dejadme... y cuando vengan esos señores, hacedles subir sobre la marcha.

El mozo subió cerrando la puerta.

El Marqués escuchó el ruido de sus pasos que se perdían en el corredor. Tenía los ojos fijos en el suelo. Un estremecimiento continuo

agitaba imperceptiblemente todos sus miembros. Su palidez habíase convertido en un color livido. En su fisonomía se pintaba una espresion de horror y de espanto.

Las dificultades que habia opuesto poco antes, no habian tenido mas objeto que el de detener al mozo. Tenia miedo.

Cuando cesó de oir el ruido de los pasos en el corredor, una espresion de angustia apareció en su semblante. Su corazon desfallecia: sus piernas se negaron á sostenerle... Dirigióse vacilando al sofá, y sentóse por no caer desplomado. Pero el contacto de aquel asiento pareció abrasarle; el Marqués se levantó de un salto, sus cabellos se erizaron...

En aquel sofá se habia echado Cármen. En frente de ella, Jaime Western, lleno de confianza, habia tomado su último alimento.

El Marqués pasó el embés de la mano por su frente cubierta de frio sudor. Quedóse de pié, sin atreverse á dar un paso, sin atreverse á levantar los ojos, porque todos los objetos de aquella maldita habitacion le hablaban de crimen.

Aquel piso sucio habia sido recorrido por sus pies lascivos y graciosos, al hacer los pasos provocativos del baile español.

Aun creia escuchar el redoble frecuente de las castañuelas, que se mezclaba con las can-

ciones vinosas de las máscaras que loqueaban en el piso superior.

Por aquella puerta, cerrada entonces, Cármen habia querido huir. Habia anudado á los hierros las sábanas, aquellas sábanas que una mano misteriosa y descarnada como la de un espectro habia arrancado despues violentamente.

En aquella alcoba se habia ocultado Cármen. Alli, por la primera vez, el remordimiento habia gritado en el fondo de su corazon. El frio sudor que inundaba entonces sus sienes palpitantes, habia corrido alli por primera vez de sus cabellos.

A dos pasos de ella, aquella tabla, separada de las demás por una ancha hendidura, habia sido levantada por Cármen... Y en la negra cavidad que cubria aquella tabla, Cármen habia enterrado el cuerpo de Jaime Western... el cuerpo inerte, tieso y pesado de aquel hombre tan lleno de vida poco antes, y que acababa de dirijirla, á ella, á una desconocida, palabras de ternura y de compasion!...

Las sienes del Marqués latian violentamente; todos los músculos de su cuerpo estaban estremecidos por una fiebre matadora.

Hubiera querido huir, pero sus pies estaban como clavados en el suelo. El terror le

aniquilaba. No hubiera sido capaz de hacer un movimiento ni de exalar un grito.

Su cabeza se llenaba cada vez mas de delirantes pensamientos. En algun tiempo habia desafiado sus recuerdos; sus recuerdos le asesinaban ahora.

La fantasma de Western estaba allí, en todos lados, amenazadora ó lamentable. Por todas partes habia sangre. En todas partes resonaban gemidos... Los ojos del Marqués tenían hartos motivos para cerrarse... En todos lados veía aquel cadáver descolorido que yacia á sus pies. Faltáronle al fin las fuerzas para sostenerse en aquella horrible lucha. Inclínóse hácia el suelo... Algunos minutos después se oyeron en el corredor pasos y voces. Este ruido se iba acercando.

El Marqués volvió sobre sí con sobresalto, y enderezóse bruscamente.

La soledad produce por sí sola esta clase de terrores. La razon despierta siempre al primer rumor que anuncia la llegada de un hombre.

Cuando se abrió la puerta, el Marqués estaba de pié, y ya no conservaba mas señales de su reciente angustia que un resto de palidez en su semblante conmovido.

Los recién llegados eran Duchesnel, Durandin y el doctor.

Duchesnel entró á la cabeza.

El diplomático, por su posicion, trataba al Marqués de igual á igual; al llegar á él, presentóle su mano. Josepin, por el contrario, le hizo un saludo casi respetuoso.

En cuanto al procurador, se condujo como hombre de negocios; es decir, que de su saludo no podia sacarse ninguna deducion. Pero esos que todo lo quieren adivinar por las fisonomías, hubieran tenido bastante que observar aquel dia en el ancho y bondadoso semblante de Durandin.

En su sonrisa candorosa, habia cierta expresion de triunfo y de malicia. Cualquiera hubiese pensado que el buen procurador sabia mas que los demas sobre los motivos de aquella reunion, y tambien mucho mas de lo que queria decir...

Duchesnel fue el primero que tomó la palabra.

—Caballero, dijo al Marqués, creo que las cartas dirijidas á estos señores, son semejantes á la mia... En ella solo he visto una invitacion apremiante... Otros mas susceptibles hubieran creido encontrar una amenaza.

—Quita allá, replicó Durandin sonriendo alternativamente al diplomático y al Mar-

qués; tú ves amenazas en todo... El Marqués sabe que nosotros somos amigos suyos... Para qué habia de amenazar á sus amigos?...

El Marqués le dió gracias con un gesto, y señaló las sillas colocadas alrededor de la mesa.

Los tres recién llegados tomaron asiento. Involuntariamente, y como por una consecuencia de la emocion que acababa de sentir y del aspecto que tenia para él aquella sala, el Marqués se mantenía con una espresion grave y casi solemne.

Duchesnel y Josepin notaron aquel aire severo, y sintiéronse poseidos de una vaga inquietud. El sitio elejido para la reunion tenia en efecto algo de lúgubre, y parecia anunciar un retroceso hácia aquel crimen lejano que enlazaba como un pacto estrecho á los seis convidados del carnaval de 1826.

Josepin y Duchesnel miraban á hurtadillas al Marqués como queriendo adivinar en aquellas facciones la verdadera significacion de sus pensamientos.

Respecto á Durandin, no se inquietaba por tan poca cosa. Su semblante espresaba, como de ordinario, la serenidad mas bienaventurada; traslucíase en su sonrisa una buena dosis de malicia, y en sus ojos, fijos en el Marqués, se reflejaba cierto vislumbre de su-

perioridad.

Dos asientos quedaban desocupados todavía; pero la espectacion no fué muy larga, porque á poco entró Denisart acompañado de Roby.

Roby, satisfecho, familiar, fanfarron y estirando la chorrera ilusoria de su camisa; Denisart, humilde, obsequioso y haciendo cortesías á la redonda sin levantar sus ojos, fijos sumisamente sobre el suelo.

Sirvióse la comida. El banquete comenzó silencioso y frio. Fue necesaria la llegada de los segundos platos para que los convidados se animasen un poco, haciendo honor á los guisos de la hospederia del *Salvage*.

Sin embargo, debemos hacer una escepcion en favor de Durandin que desde la sopa comió como un canónigo, y bebió como un procurador.

Tambien Roby le imitó en esto último, y no se quedó en zaga Denisart, que reparando el tiempo perdido, redujo muy pronto su nariz al estado del carbon encendido.

Fuese por casualidad, fuese porque el Marqués lo hubiera querido así, los seis convidados se hallaban en la misma situacion que la noche del martes gordo. El Marqués tenia á Durandin á su izquierda y á Denisart

á su derecha; enfrente de él se hallaba Duchesnel en medio de Josepin y Roby.

La silla de Denisart apoyaba, como entonces, uno de sus pies sobre la tabla que habia servido de tapa al féretro improvisado de Western... Pero esta tabla habia sido clavada de nuevo; ya no se movia como en aquella noche.

A los postres, el Marqués apartó su silla y reclamó el silencio del auditorio.

—Señores, dijo; entre nosotros existe una asociacion que la casualidad ha hecho impotente al parecer... Aqui hay dos de entre nosotros á quienes yo no conocia ya... No habia vuelto á verlos hace siete años.

—Los viajes... interrumpió Roby. Pero yo espero tener la dicha, señor Marqués, de anudar con vos para en adelante relaciones muy estrechas é infinitamente agradables...

—Yo, dijo Denisart, he ido por espacio de cuatro años á llamar todas las semanas una vez á la puerta de madama la Baronesa de Roye... Hasta ayer he ignorado que llevaba otro nombre.

—Denisart, replicó Durandin, el señor Marqués no se acuerda ya sin duda de haberte dado una vez bajo su nombre de Baronesa mil y quinientos francos para imprimir tu célebre

folleto... Pero yo estoy seguro, Denisart, de que tu buen corazon no ha podido olvidarlo.

El pedante se inclinó con una sonrisa falsa.

—No quiera Dios que olvide yo jamás un beneficio, dijo.

No creemos necesario decir que Roby no pensó en alabarse de la expedicion que habia hecho la víspera á casa de madama la Baronesa, y del mal éxito de aquella expedicion.

El Marqués continuó:

—Nadie tiene que reprochar á nadie, caballeros... La necesidad nos aproxima... Hemos vivido lejos unos de otros porque nuestro interés sin duda no nos reunia... Hoy necesito yo de todos vosotros... Es preciso que os encuentre hombres enteramente adictos y dispuestos á servirme en todo... Espero que me escuseis por haberos recordado en mi carta esa circunstancia harto desgraciada que es entre nosotros un lazo indisoluble.

—Conque era una amenaza? dijo Duchesnel.

—Nada de eso! replicó Durandin... tú tienes vuelta la cabeza, amigo mio!...

Josepin dió tres golpecitos con el dedo sobre sus anteojos de oro, y abrió la boca para hablar, pero no dijo una palabra.

Esto entraba en las costumbres del doctor.

—El hecho es, dijo Roby, que existe entre nosotros un recuerdo bastante desagradable... Pero, á pesar de todo, señor Marqués ó señora Baronesa, vos me permitireis que os diga que media mucha distancia entre la nuca de Roby y la guillotina!...

Denisart, con las narices dentro del vaso bebia tímidamente y guardaba silencio.

—Hay sin duda mucha distancia de vuestro cuello á la guillotina, continuó el Marqués en tono severo, porque seria preciso que me pusiéseis en el último extremo para que yo hiciera uso del arma terrible que la casualidad ha puesto entre mis manos.

—Bah! dijo Roby; siete años son mucho tiempo!... el buen hombre no ha reclamado... Despues nadie se ha ocupado de sucorta historia... Vuestra acusacion, señor Marqués, pareceria caida de la luna.

—Prescindiendo de la espresion, añadió Duchesnel, debo decir que me asocio en un todo al parecer de Roby....

—La espresion, la espresion! murmuró Roby, esceptuando á Denisart que tiene la nariz mas colorada que otras veces, todos estos desventurados se han vuelto atildados y circunspectos como señoritas!...

—Señores, repuso el Marqués, el interés que me obliga, es escesivamente grave... Al lado de este interés, vuestra vida y aun la mia no tienen la menor importancia, ya que es preciso que os lo diga... Asi pues, me permitireis que os haga observar que vuestra seguridad, que vuestra confianza es mas consoladora que prudente.

El Marqués sacó de su bolsillo un periódico y desdoblóle lentamente.

—Este es un número del Diario del Comercio del mes de Abril de 1826, continuó. Si alguno de vosotros tiene la bondad de leer en alta voz este artículo señalado con tinta encarnada, creo que vuestra opinion cambiará completamente, y que pensareis al cabo como yo pienso.

Duchesnel tomó el periódico con cierta precipitacion y recorrió el artículo con una rápida ojeada.

Al paso que lo repasaba, su semblante palidecia visiblemente.

—Veamos, léenos eso, dijeron los otros convidados.

Duchesnel leyó en alta voz todo el artículo.

Consistia en una columnita, en que se relataba sucintamente una fiesta pública, acompañada de cierta circunstancia que se referia á

un asesinato cometido en la hospedería del Salvage, calle de Valois en el Palais-Royal, en la noche del martes gordo del año de 1826. Citábase el nombre del muerto. *En cuanto á sus asesinos, graves sospechas*, decía el artículo, pesan sobre los llamados L. D., E. D., D... t, R... y, y J... n, que habían tenido aquella misma noche, en la cueva del Salvage, una disputa con el desventurado extranjero, disputa en que había corrido sangre.

La lectura de este artículo produjo cierto efecto en cuatro de los convidados.

Aquel era un golpe inesperado.

Denisart, Roby, el doctor y Duchesnel mismo no pudieron disimular su inquietud. El procurador conservó su tranquila serenidad, y hasta su misma sonrisa apareció mas jovial en aquel momento. Echó á un lado su plato vacío, y por la primera vez desde el principio de la comida, se halló con tiempo y espacio para dar vueltas á sus pulgares.

—Señores, dijo el Marqués, vuestras iniciales figuran aqui, esto es una desgracia... Por otra parte, no podeis ignorar que vuestros nombres están escritos con toda sus letras en el registro la policia, supuesto que, desde el medio dia del martes gordo, recorristeis el boulevard en carruage y enmascarados... Un simple careo bastaria para estable-

cer la identidad de vuestras personas... Además, ya debéis conocer que, cuando he tenido la precaución de hacer insertar este prudente artículo, no habré perdido de vista los testigos necesarios.

Hubo algunos momentos de silencio, al cabo de los cuales Duchesnel exclamó sonriéndose de repente.

—Vaya que somos unos hombres admirables!... Ya hemos venido á dar con las amenazas ante de saber de lo que se trata!...

Estas palabras produjeron un excelente resultado, porque el miedo comenzaba á insinuarse ya... Denisart, Roby y Josepin aplaudieron á Duchesnel con entusiasmo.

—Eso es claro, añadió el doctor... que nos diga el señor Marqués lo que nosotros podemos hacer por complacerle, y yo estoy seguro de que todos quedaremos amigos y contentos...

—Es evidente! es evidente! exclamaron todos á coro.

Trató Roby de buscar en su memoria un verso apropiado de la situación; pero como no le encontrase, tuvo que limitarse á opinar en prosa.

Tan insensible Durandin á aquel entusiasmo pacífico, como á las recientes amenazas de guerra, seguía sonriéndose siempre, y ase-

mejábase á un justo, desnudo de las pasiones vulgares de la multitud.

—Os agradezco, señor Duchesnel, dijo el Marqués, que hayais desbaratado tan apropiado una discusion inútil, y que podia presentar gravísimos riesgos... tanto por mí como por vosotros, señores, porque yo sé muy bien que perdiéndoos me pierdo á mi mismo... Pero no confiéis demasiado en esto!... vosotros sabeis el precio que da á la vida la desesperacion... Pues bien! yo estoy desesperado!... Ayer mis rentas ascendian casi á medio millon; hoy me hallo mas pobre que un mendigo... esto es deciros que estoy dispuesto á todo...

Manifestó Durandin con una inclinacion de cabeza que encontraba muy lógico este argumento.

Josepin y Duchesnel cambiaron una mirada de inquietud.

Denisart, con las narices dentro del vaso, escuchaba con aire socarron y sin dar apenas señales de vida.

Roby era el que mas se acercaba á Durandin en la serenidad; Roby no tenia nada que perder.

—Todo eso no nos hace conocer, dijo este último, lo que el señor Marqués espera de nosotros.

Este reflexionó un instante y continuó:

—Doctor, vos sois el médico de M. el Duque de Compans-Maillepré... teneis entrada en su palacio á cualquier hora... Para conseguir mi objeto, no podria yo encontrar un auxiliar mas útil que vos.

—Cuál es ese objeto? preguntó Josepin.

—Vos, señor Duchesnel, continuó el Marqués sin contestar. Vos sois el amante de madama la Duquesa de Compans... Yo mismo fui quien os procuró, hace siete años, vuestra primera entrevista.

—Vaya una constancia! murmuró Roby.

—Lo mismo que el doctor, continuó el Marqués, vos podeis entrar en el palacio á cualquier hora... A mas de esto, podeis hacer obrar á madama la duquesa... Cuento especialmente con vos.

—Y qué vais á exigir de mí? dijo Duchesnel.

—Señor Roby, prosiguió el Marqués, yo sé que vos estais relacionado con el secretario del Duque...

—Oh! relacionado!... interrumpió Roby, mirad lo que decís... relacionado!... sí, lo estoy... como un hombre de mi clase puede estarlo con un Burot!...

—Cuento igualmente con vos.

—Pero seria preciso saber... dijo Roby.

—Señor Durandin, repuso el Marqués, no creo necesario tener que deciros en qué podéis vos servirme.

El procurador hizo una inclinacion de cabeza.

—En fin, señor Denisart, dijo todavia el Marqués, aunque vuestra posicion no sea digna de vuestros merecimientos, vos sois sin contradiccion el que se halla mejor colocado para servirme.

Denisart no preguntó, como los demas, de lo que se trataba. y solo murmuró entre dientes:

—Yo poseo la confianza del Duque, es verdad, pero su escritorio tiene tres cerraduras...

Durandin se sonrió benignamente.

—Qué! se nos querria quizás hacercómplices de un robo? dijo Duchesnel levantándose con altanería.

El Marqués le miró cara á cara: en su mirada fija y fria se reflejaba la espresion de una implacable voluntad.

—Os he dicho ya, caballero, que vuestra vida y la mia no eran nada al lado del interés que me arrastra... Si es necesario robar, robareis... Si es necesario asesinar, asesinareis!...

VII.

Los cinco.

Pronunció el Marqués estas últimas palabras con un tono lento y á la vez incisivo.

Todos los convidados sintieron un choque repentino, diferente en cada uno segun la diversidad de caracteres.

Josepin se estremeció.

Duchesnel se manifestó rebelde, y abrió los labios para protestar orgullosamente; pero en aquel momento pesaba sobre él la mirada fija y poderosa del Marqués, y el diplomático bajó los ojos al suelo y quedóse sin proferir una palabra.

Roby se sintió poseído de negros pensamientos y perdió su espresion descarada y fanfarrona. El Marqués se ofrecia á su vista bajo un nuevo aspecto, y no se hallaba ya tentado á provocarle con ataques precipitados.

Por su parte, Denisart, sabia ya desde la vispera el asunto de que se trataba, y veíase indeciso entre un enorme pavor, que era ya como habitual en su persona, y una vaga esperanza de duplicar su sueldo y de añadir á los seis mil francos del Duque unos cuantos miles de escudos para montar sobre un buen pié su casa, y hacer correr por todos los barrios torrentes de lisonjas á sueldo el par confundidas con adulaciones adulteradas...

En cuanto á Durandin, fuese por una causa ó por otra, se hallaba perfectamente al abrigo de toda emoci3n.

Era alli el gran moderador encargado de calmar por turno las pasiones encontradas. Al llegar el debate adonde ya sabemos, el procurador murmuró algunas palabras conciliadoras y recobró su tranquilidad.

—Señores, continuó el Marqués, moderando el acento imperioso de su voz, hago mal en mandar de esta manera, siendo asi que no

está en vuestra mano el poder de rehusar y resistir... No discutamos en valde, y vamos a los hechos... La cartera que contenia mis papeles de familia y todos los demas que acreditaban mi categoría de Marqués de Maillepré me ha sido robada. Al presente ya no soy mas que Cármen... Ya sabeis... la pobre muger que bailaba entre la multitud en el boulevard del Temple...

Durandin hizo un gesto de sorpresa. Él no esperaba esto.

—Ese es un suceso desgraciado, dijo Josepin.

—Pero yo no comprendo, sin embargo, añadió Duchesnel, qué es lo que nosotros podemos hacer en el asunto.

Roby escuchaba con la mayor curiosidad, y Denisart permanecía inmóvil.

El Marqués continuó:

—No es por cierto muy difícil adivinar el autor de este robo... Solo un hombre tenia interés en privarme de mis títulos... Este hombre es M. el Duque de Compans-Maillepré.

Durandin inclinó la cabeza en señal de afirmacion. Estaba reflexivo.

—Sin embargo, quiso objetar Duchesnel, y sino hubiera sido el Duque?...

—Caballero, respondió el Marqués, yo no he

venido aquí con dudas... Si he amenazado, si me he decidido á tomar el partido mas estremo, consiste en que mi certidumbre es completa.

Volvióse en seguida á Denisart, que se esforzaba á aparentar un aire indiferente y añadió:

—Este hombre es quien se ha introducido en mi casa... él es quien me ha robado mi cartera y la ha puesto en manos del Duque.

—Es cierto?... dijo Roby con aire de reproche dirijiéndose á Denisart.

—Qué! miserable, exclamó Duchesnel, tú eres quien nos ha metido en este atolladero!...

—Desventurado! añadió Josepin, ya estaba yo seguro de que tenias que acabar mal.

—El honor es una isla escarpada y sin riberas... El que ha caído de ella, no puede volver á subir.

Durandin miraba á Denisart dando vueltas á sus pulgares y murmurando dulcemente.

—Calla, calla, calla!...

Se hallaba Duchesnel verdaderamente cólerico. No pudiendo desfogar su rabia contra el Marqués, levantóse, dió una vuelta alrededor de la mesa y asió rudamente á Denisart por la garganta.

Josepin imitó con la mejor voluntad á Duchesnel, y aseguró á Denisart por un brazo.

Roby, que en semejantes circunstancias nunca se quedaba atrás, levantóse también y agarró á puño cerrado la camisa del pedante.

Este se hallaba mas pálido que la tela de su camisa, salva su nariz, que se destacaba sangrienta en el fondo de aquella repugnante palidez.

Duchesnel comenzó á sacudirle bruscamente, y todos los demas le imitaron con el mayor gusto.

De suerte que el infeliz pedante, sacudido y aporreado en todas direcciones, prorrumpió bien pronto en gritos de amargura.

La voz del Marqués resonó entre aquella algaravía, y todo volvió á quedar en orden.

—Señores, dijo, no os hagais un enemigo de este hombre! Él puede seros utilísimo....

—A nosotros?... preguntó Duchesnel.

—Yo no veo por cierto... comenzó á decir Josepin.

—Dejad, pues, hablar al señor Marqués, dijo Roby que hacia en aquel momento el papel de la fuerza pública, impidiendo á Denisart que tomase la puerta.

—A vosotros! repitió friamente el Marqués.

Comprended bien vuestra posicion, caballeros... la fuerza de los acontecimientos os empuña á todos en general y á cada uno en particular á servirme en todo y por todo... lo mas prudente, creedme á mí, es reunir vuestros esfuerzos....

—De esa manera, exclamó Duchesnel, quereis hacernos á todos responsables del delito de Denisart?...

—Nada de eso, replicó el Marqués; pretendo valerme de vosotros pura y simplemente, y de ningun modo castigaros.

Duchesnel volvió á colocarse en su puesto y se sentó esforzándose á contener su cólera.

—Hé aqui lo que exijo de vosotros, continuó el Marqués sin levantar la voz, pero acentuando lentamente cada una de sus palabras; yo necesito mi cartera el 28 de noviembre... estamos á 22... teneis seis dias para volverla á mi poder; seis dias son aun mas tiempo del que se necesita para ello.

—Pero, dijo Duchesnel, y si en último caso fueran inútiles nuestros esfuerzos?

—Eso es cuenta vuestra, caballeros... yo no soy vuestro juez.

Su frente se arrugó sombría. Su voz se volvió triste y casi solemne; y añadió en seguida:

—Mi objeto es tal, que si vosotros no me ayudais á lograrle... este medio se reduce á perderme con vosotros y con otra persona ademas... Caballeros, si pudiéseis penetrar en el fondo de mi alma, comprenderiais cuán poco debe costarme el sacrificio de la vida... Escuchadme: me hallo aqui sin cólera ni rencor... os amenazo con la mayor sangre fria, y solo á fin de manifestaros claramente que vuestra salvacion depende de vosotros solos... Yo os esperaré el 28 de noviembre hasta el medio dia... á esta hora, si no me habeis llevado la cartera con todos los papeles que contenia, Cármén se presentará en el tribunal... Cármén confesará su crimen... Cármén nombrará á sus cómplices.

Tenia el semblante del Marqués una espression espantosa de calma y de sombría resolucion.

Los convidados, escepto Durandin, se hallaban poseidos de un terror inesplicable. Creian en las amenazas del Marqués; y ciertamente que solo un insensato hubiera podido dudar, al ver la indomable resolucion de su mirada.

—Cármén nombrará á sus cómplices, repuso el Marqués; á todos sus cómplices!... Cármén conducirá al magistrado á la cueva del Salvage, y los testigos convocados dirán

en dónde fué vertida la primera gota d sangre de Western... Desde allí, Cármén vendrá á la habitacion en que nos hallamos... Entonces dirá: aqui estaba Leon Duchesnel.

El Marqués señaló el sitio del diplomático.

—Aqui estaba M. Roby... Aqui el doctor Josepin... el mismo que anunciaba en una carta á M. el Duque de Compans Maillepré la llegada del desventurado Western... Aqui estaba M. Emilio Durandin...

Aun en este momento mismo, el procurador permaneció sereno y sin desconcertarse, con los ojos fijos en el Marqués, y redoblando la dulzura de su sonrisa.

Los otros estaban aterrados.

—Aqui, en fin, continuó el Marqués con voz enronquecida, sobre esta tabla que cubria el cadáver se apoyaba la silla de M. Denisart.

El pedante separó maquinalmente su silla, y comenzó á temblar abriendo sus ojos desencajados.

El Marqués se levantó. Ya habia recordado entonces su aire de graciosa cortesanía:

—Caballeros, dijo haciendo un saludo alrededor, yo deseo con ansia que no llegue-

mos á este caso extremo... Teneis seis dias... Para hombres hábiles como vosotros, seis dias bastan aun para lograr un imposible... Yo os aguardaré religiosamente hasta el medio dia... Desde esta hora en adelante, os lo prevengo, ya no tendreis noticias mias... Ya estais advertidos... á vosotros os toca obrarse segun os lo dicte vuestra prudencia.

Tomó el Marqués su sombrero, saludó nuevamente con la mano, y desapareció.

Los cinco convidados permanecieron un instante inmóviles y mudos.

Cuando Duchesnel quiso abrir sus labios para pedir una esplicacion ó esponer una duda, el Marqués estaba ya muy lejos de la sala encarnada.

Durandin habia arrojado ya su servilleta sobre la mesa, y se dirigió detrás de él.

Los otros cuatro se quedaron desvanecidos, petrificados.

Entretanto, el Marqués habia bajado la escalera de la hospederia, y pasaba esos húmedos escalones que conducen de la calle nueva de Bons-Enfans á la de Valois. Al llegar al medio de esta escalera usada y resvaladiza, que se hallaba en la mas completa oscuridad, el Marqués contuvo su aliento ahogado, y sintióse tocar ligeramente en el hombro.

—Vaya un contratiempo, señora Baronesa,

dijo detrás de él Durandin. Cómo diablos os habeis dejado robar esos papeles?

El Marqués se habia estremecido desde luego, pero reconoció inmediatamente la voz meliflua del procurador.

—Ellos me los devolverán, replicó el Marqués.

—Muy bien puede ser, repuso Durandin. A fé mia! los habeis fascinado... hasta el mismo Duchesnel estaba fuera de sí... el diplomático se ha presentado aun mas imbécil que los demás!

Llegaban entonces á la acera de la calle de Valois.

El Marqués se detuvo bajo el reberbero, y volvióse para mirar cara á cara á Durandin.

—Habeis creido tal vez que yo me chancaba? preguntó.

—Eh! eh! murmuró el procurador en tono equívoco.

—Esos papeles, continuó el Marqués con una vehemencia repentina, ya se lo he dicho á ellos, yo os lo repito á vos... esos papeles valen para mí mas que la vida!...

—Ya lo comprendo, dijo Durandin. Doscientos cincuenta mil francos de renta y un título de Marqués!... esto es muy lisongero... por menos se haria otro tanto!

El Marqués meció la cabeza.

—No es por el dinero ni por la nobleza... murmuró con un acento embarazado y casi tímido,

—Ah! ah! murmuró el procurador.

—Es porque... comenzó á decir el Marqués impetuosamente.

Detúvose de pronto, y continuó en voz baja:

—Pero á qué viene hablaros de esto?... lo que os importa tanto á vos como á los demás es saber que mi resolución es irrevocable!

—Eso es ya demasiado! demasiado! repuso el procurador. Cómo habeis de ir vos á presentaros al procurador del rey y decirle vuestra mea culpa... á delatar á esos pobres diablos, que son unos guapos mozos á pesar de todo?...

—Ah! replicó el Marqués con vivacidad, vos no lo sabeis todo!... No nos veremos solos en el banquillo... El Duque de Compans-Maillepré se sentará también á nuestro lado. Y las pruebas acumuladas serán terribles contra él!

—De manera, murmuró el procurador, de que todos quedaremos iguales... y tendremos la dulce satisfaccion de irnos juntitos á presidio, ó al otro mundo en amigable compañía! Señor Marqués, yo no os creia tan niño!

La voz del Marqués vibró altiva y severa.

—Sois voz capaz de juzgarme á mí!... pronunció lentamente. Vos lo habeis dicho: todos quedaremos iguales!... Quién sabe si tal vez trabajo yo porque otro ademas de nosotros, ocupe tambien un lugar en el banquillo?....

El procurador reflexionó un instante.

—A fé mia, exclamó, yo no soy orgulloso... Confieso francamente que no os acabo de comprender!... Siempre sucede lo mismo cuando se trata de poesia... Volvamos á la prosa. Vos habeis estado elocuentísimo; los habeis vencido, los habeis aterrado, los habeis aniquilado: ellos harán todo lo que vos querais, esto es cierto, pero vais a convenir conmigo ahora mismo en que yo me he portado como un héroe.

—Qué quereis decir! preguntó el Marqués.

—Que me he portado como un héroe en no haberme reido lo mismo que un majadero durante vuestro discurso, señora Baronesa.

El procurador tenia sus privilegios: pertenecia al número de esos bombres contra quienes la cólera es inútil, y la indignacion enteramente ridícula.

El disgusto del Marqués se manifestó únicamente por un gesto de impaciencia.

—Escuchadme, pues, repuso Durandin, vos mismo me hubiérais disculpado... Porque aquello era muy chusco, á fé mia, escesivamente chusco!... Los pobres diablos se imaginaban ya bajo la cuchilla fatal!... Creo que hubieran recibido los trabajos forzados con reconocimiento!...

El procurador se echó á reir con la mayor naturalidad.

—Figuraos vos el efecto, repuso, el efecto que hubiera producido yo entonces si me hubiese levantado diciendo: Amigos míos, todo esto será muy santo y muy bueno, pero el señor Marqués nos está tratando como si fuéramos unos chiquillos.. No es posible gillotinar á la gente, por el asesinato de un hombre que goza de una salud muy singular...

El Marqués y el procurador se paseaban á lo largo de la calle desierta de Valois.

Se detuvo el primero bruscamente á estas últimas palabras, é interrogó al procurador con una mirada de asombro.

Desde el principio de la comida le habia creído borracho, y este pensamiento habia contribuido mucho á prolongar su paciencia, pero en aquel momento le creyó loco.

—Pero vos no sabeis lo que os decís! murmuró el Marqués.

—Sí tal, sí tal, respondió el procura-

dor...

—De quién estais hablando?...

—Vive Dios! del muerto en cuestion!... del americano Jaime Western, con quien he tenido el honor de hablar ayer durante dos horas largas.

El Marqués creia soñar, y se negaba á creer...

—Western!... balbuceó al fin; Jaime Western!..... pero sabeis vos que fui yo quien le asesinó?

—Sí, replicó tranquilamente Durandin.

—Sabeis que estuve solo algun tiempo junto á su cadáver?

—No, dijo Durandin; mis noticias no llegan hasta ahí..... pero comienzan desde mucho antes, y lo que puedo decir os es....

El Marqués le asió de las dos manos con un movimiento brusco. En su mente entraba una duda. Una duda y una esperanza!

—Esplicaos! esplicaos! murmuró con voz estremecida.

—A fé mia, repuso Durandin; hace ya mucho tiempo que me hubiera explicado si no os hubiéseis vuelto invisible de tres dias á esta parte... Ya no me admiro de que os hayan saqueado vuestra casa... Todas las veces

que he ido á buscaros durante estos tres dias, he hallado en vuestra antecámara rostros inverosímiles..... Habia sobre todo un guapo mozo que llevaba su franqueza hasta el extremo de hacerse una cama con vuestros bancos para esperaros con mas comodidad...

La agitacion del Marqués crecia cada vez mas.

—Os digo que os expliqueis! repitió..... Habladme de Western... Me estais asesinando!

—A eso voy, á eso voy, replicó Durandin... Pero os juro por mi despacho que he ido cien veces á buscaros durante estos tres dias... Me presentaba en el número 4 de la calle real... M. el Marqués de Maillepré está ausente, me decian... Corria á la calle de Castiglione, y se me contestaba: Madama la Baronesa no está visible. No os impacientéis, ya llegamos al caso!... Antes de ayer, un bravo gentleman se presentó en mi casa y me hizo muchísimas preguntas sobre vos... Yo estaba, á fé mia, muy lejos de adivinar el motivo del interés que manifestaba hácia vuestra persona; pero comprendí á la primera ojeada que él ostomaba por el verdadero Gaston de Maillepré, á quien, por una razon ó por otra, profesaba un cariño casi paternal...

Esto era embarazoso para mí... Yo le dije que poseía toda vuestra confianza; recurrí á mi memoria, y hallé ocasion de intercalar en la conversacion todo lo que sabia de los verdaderos Maillepré, gracias al contenido de la cartera encarnada... Esto produjo, en verdad, un efecto magnífico... y la prueba es que el gentleman, maldito si yo le conocia ya! me entregó una voluminosa Memoria, rogándome que me sirviese de ella en beneficio del Marqués Gaston, para interrumpir la prórroga de treinta años, que, una vez cumplida, debe cambiar los derechos precarios de M. el Duque en una propiedad incontrastable... Y, á propósito, me parece que esta idea no merece echarse en saco roto....

—Pero ese hombre, interrumpió el Marqués, con una impaciencia afanosa, ese hombre! no me habéis mas que de ese hombre!

—El gentleman?... eso es otra cosa!... Pues bien! cuando me hubo entregado su Memoria, volvióse á su casa, segun creo... Yo me puse á leer la susodicha Memoria... Ah! diantre! esto es prodigioso!... Allí hay algunas cosas!... Ya lo sabeis bien; el viejo salvage de la cueva es... Pero si tratára de referiros todo esto, no acabaria hasta mañana... Todo lo que puedo deciros es que M.

el Duque de Compans es un hijo adulterino que tiene los mismos derechos que el Gran Turco á la sucesion de Maillepré... pero no está en esto lo mas curioso. Lo que me ha intesitado sobremanera, es la relacion detallada de vuestra aventura con Jaime Western en la misma habitacion en que acabamos de comer ahora...

—Pero, será él! balbuceó el Marquesito cuya mano temblorosa y fria buscaba las de Durandin.

—Ya estoy harto de repetiroslo! continuó el procurador. Allí refiere la mala pasada que le jugó una cierta señora Cármen, que le dió buenamente una puñalada en el cuello... No os anduvisteis en chiquitas, señor Marqués!... y cuando pienso que nosotros estábamos bailando, al mismo tiempo, con nuestras mugeres en el piso superior!...

Durandin soltó una earcajada.

El Marqués estaba fuera de sí. Sus fuerzas desfallecian al escuchar aquella narracion.

—Pero, al diablo estos recuerdos! exclamó el procurador; ahora yo soy un hombre establecido, ya no bebo, ya no bailo... pero me fastidio... Ah! diantre!... no os impacientéis. Lo que va á pareceros muy curioso, es lo que sigue; porque vos no sabeis mas que hasta el

paso de la puñalada... Pues bien! Despues de sepultado en su agujero, Western hubiera permanecido en él hasta el dia del juicio, á no ser por ese diablo de salvage, que todo lo habia visto por uno de los tragaluces de la habitacion en que acabamos de comer... Ya os acordais bien... en el momento de retirar vos la tabla para mostrarnos el cadáver, nosotros le vimos desaparecer hundiéndose lentamente... Quién hubiera dicho que era el salvage?... Un viejo loco harto inteligente á la verdad... que habia quitado las tablas de abajo para tener el gusto de llevar el cadáver á casa de un médico... Yo no puedo deciros lo que se siguió á todo esto.. Es una historia que se habria hecho célebre en todo París si alguna vez hubiese sido llevada á los tribunales... En substancia, Western despues de su curacion regresó á América, volvió á venir con otros papeles, y busca todavia los Maillepré que son los hijos de su hermana... Western mismo es quien ha firmado la Memoria.

Juntó el Marqués sus manos con emocion. A no haber sido por la profunda oscuridad del sitio donde se habian detenido los dos interlocutores, se hubieran podido ver sus ojos húmedos que se elevaban al cielo con una espresion de ardiente reconocimiento.

—Ya veis, repuso Durandin, que en mi

consistia el haber tranquilizado á esos señores, dando á vuestro discurso un resultado muy diferente!...

—Esos papeles que os ha entregado Western con la Memoria, dijo el Marques en lugar de responderle, pueden reemplazar á los que contenia la cartera encarnada?...

—No, replicó el procurador. Faltan documentos para establecer la filiacion del Marqués Raoul, que era el padre de los sobrinos de ese Western... y esto es lo principal.

El Marqués bajó la cabeza y apareció como sumido en sus reflexiones.

—Pero, aunque no sean suficientes, repuso Durandin, hubieran podido inquietarnos deplorablemente... La casualidad que ha dirijido á Western á mi casa es un golpe providencial, y prueba que ese americano tiene mala estrella... Los Maillepré, desde ahora, suponiendo que existan, lo cual ignoro, no poseen ya ni siquiera un papel de familia... No dudaré, pues, en asegurar que seria preciso un milagro para que volvieran á colocarse en estado de obrar.

Guardó silencio el Marqués; su cabeza estaba inclinada sobre el pecho, y sus dos manos comprimian maquinalmente los latidos del corazon.

—El mas profundo secreto sobre todo esto, señor Durandin!... dijo con una voz demudada repentinamente; mañana tomaré yo conocimiento de esa Memoria... Nada se ha perdido, tocante al negocio de la cartera, porque mi amenaza conserva toda su fuerza para con los que hemos dejado allá. Tienen miedo; obrarán... y con esto habremos ganado la seguridad de no tener que recelar nada de esos Maillepré, á quienes como vos decís muy bien, solo un milagro podria colocar en posición de recobrar su patrimonio... Os doy las gracias por vuestra conducta de esta noche... No os arrepentireis de haberme servido lealmente.

—Ya conozco la generosidad del señor Marqués, murmuró el abogado inclinando la cabeza.

Y los dos se separaron en seguida.

En la hospederia del Salvage, nuestros cuatro convidados se habian quedado mirándose los unos á los otros, y haciendo todos una tristísima figura.

Duchesnel se levantó el primero.

—El presidio es la consecuencia de todo esto, dijo con las cejas fruncidas y los dientes apretados.

Dió una vuelta alrededor de la mesa, y fué á colocarse junto á Denisart.

—Miserable! continuó el diplomático, si no hallas un medio de recobrar esa cartera, juro por mi honor matarte sin piedad!

Denisart tenia la cabezabaja, y continuó del mismo modo.

—Me has entendido? exclamó Duchesnel sacudiéndole con rabia.

El pedante murmuró quejumbrosamente.

—Acuérdate bien de ello! repuso Duchesnel, aunque sea en el banquillo de los acusados, te mataré!

Y salió cerrando la puerta violentamente. Josepin se levantó y fué á ocupar el lugar que habia dejado Duchesnel.

—Señor Denisart, dijo el doctor con su voz lenta y gangosa, no quisiera yo hallarme en vuestro pellejo. Si esa cartera no parece, juro haceros comer una bolita de soliman como á un perro rabioso... No olvideis este aviso, señor Denisart!

Josepin se afirmó los anteojos con un golpecito, y salió sin perder su paso doctoral.

—Ahora nosotros! exclamó Roby. Ah! tunante, tunante!... quieres que concluya en una prision infame una existencia destinada á la gloria!... Quieres sumir en un calabozo á un hombre que era un gran artista... que hu-

quiera llegado á ser gran poeta... y que iba á dar á nuestra industria nacional un sin número de máquinas cuya utilidad es incalculable!..... Malvado, malvado! teme mi venganza!...

Hizo un gesto trágico y dirigióse hacia la puerta con ese paso violento que indica una grande emoción, según los actores de melodrama...

Denisart, luego que se halló solo, dirigió su mirada tímida y cautelosa alrededor de la pieza.

Su nariz ardía como un carbon encendido entre sus lívidas mejillas.

En su semblante se retrataba el parasismo del terror.

Su frente, sin embargo, serenóse poco á poco.

Metió la mano en el bolsillo de su levita y sacó una cartera que abrió sobre la mesa.

Esta cartera de tafete encarnado era la misma que habia sido sustraída al Marquesito de Maillepré.

Denisart separó ante todo seis billetes de á mil francos, precio de su robo.

Luego sacó uno despues de otro los diversos documentos que el Duque de Compans habia contado con tanto placer.

Denisart los contó tambien. Una sonrisa

innoble ajitó las líneas angulosas de su semblante.

—Cuánto trabajo cuesta el reunir algunos ahorrillos!... murmuró.



VIII.

Compans y Maillepré.

Era el día 28 de Noviembre de 1833, como á las cinco de la tarde.

Hallábase M. Williams con sus dos criados en el salon ducal vestido de luto riguroso.

Tambien los dos criados, en traje negro, se ocupaban en ordenar la sala como para un festin ó una solemnidad.

La vasta habitacion solo aparecia iluminada por dos quinqués colocados en el centro sobre una mesa cubierta con repostero. La luz apenas bastaba á clarear á trechos el salon.

Los retratos de los antepasados estendian á

lo largo del enmaderamiento la línea de sus severas parejas.

A los dos lados de la mesa Toby Grant y John Robertson se ocupaban en colocar dos hileras de sillones.

El resto del salón estaba como ya le hemos visto en otras ocasiones. Los sombríos cortinajes caían en largos pliegues sobre los alfeizares; las cornisas y los frisos hacían centellear á los reflejos de los quinqués sus dorados seculares. Solo entre sombras y reflejos se alcanzaban á distinguir confusamente los bebedores risueños y joviales de los grupos flamencos del artesonado. La hermosa guirnalda de ninfas cazadoras se extendía medio iluminada por cima de los retratos de los antiguos Maillepré.

Ni la ténue claridad del crepúsculo penetraba desde fuera, para contrarrestar ó destruir el efecto del resplandor de los quinqués. Las espesas cortinas juntaban en todas partes sus franjas de seda.

En el rostro de M. Williams se retrataba una emoción grave. Sus facciones pálidas y austeras, su vestido de luto, el celo silencioso de sus criados, todo estaba en perfecta armonía con la solemne magnificencia del antiguo salón y con la magestad de sus recuerdos.

—Cuatro sillones á este lado, dijo M. Williams. Está bien.

Luego añadió hablando consigo mismo:

—Porque ya no son mas que cuatro!... Bertha ha ido á buscar á su madre... á mi pobre Luisa.

—El señor se ha quedado solo, dijo Robertson.

—Id á su lado, respondió M. Williams. Los dos servidores se retiraron.

Se sentó M. Williams junto á la mesa y sacó del bolsilo una carta fechada la víspera, pero arrugada ya y mil veces leída.

La letra de aquella carta le era desconocida. En ella se le anunciaba que la suerte de los Maillepré iba á decidirse. Habia que sostener una lucha todavia. Los papeles que él habia entregado al procurador Durandin no bastaban en efecto para poder entablar un litigio, visto el estado de demencia á que se hallaba reducido el jefe de la familia. El personage, misterioso para M. Williams, que llevaba el título de Marqués de Maillepré, al decir de aquella carta, parecia querer, fuese por odio hácia el Duque ó por cualquier otro motivo, apoyar por bajo de cuerda á los hijos desposeidos del Marqués Raoul.

Una competencia grave, y en la que no podian intervenir los tribunales, estaba pen-

diente aun entre aquel personage y M. el Duque de Compans.

El procurador Durandin tenia un motivo plausible para dar una cita á M. el Duque, en un lugar mas reservado que su despacho, porque las cosas que el Duque de Compans y el pretendido Marqués de Maillepré tenian que decirse eran de aquellas que nunca están bastante secretas.

La carta prometia vagamente á M. Williams un auxilio. Pero añadia tambien que este auxilio podia faltar...

Aquella mañana misma, M. Williams habia recibido una segunda carta firmada por el procurador Durandin, en donde se le anunciaba que el Duque de Compans y el Marqués de Maillepré se reunian en su casa aquel mismo dia á las seis de la tarde.

M. Williams sabia ya entonces en donde se encontraban los hijos de Raoul.

Vestia luto por la pobre Berta. Habia ya abrazado á Gaston, vivo retrato de su abuelo, á Santa en quien se figuraba ver á Luisa en sus tiernos años. Tambien habia encontrado á Carlota que ya no sabia sonreirse, y que habia ido á refugiarse en su amargura bajo el techo de su hermano. Habia estrechado la mano de Juan María Biot, rústica providencia de la familia, que Dios habia colocado en medio

de ella como un límite al dolor, como un rayo de claridad entre las tinieblas de la desesperación.

Solo Berta faltaba...

Hacia ya diez dias que M. Williams era el padre de todos aquellos hijos recobrados. Su corazon les pertenecia todo entero. Existia en él, bajo la fria corteza de su flema americana, un tesoro de ternura y abnegacion casi paternales.

Desde la vispera, estaba preparado á la lucha anunciada. Los hijos de Maillepré se hallaban prevenidos, y habíase convocado á los pocos amigos que se interesaban en la suerte de la familia.

Al dar las seis, Biot que tambien estaba de luto, abrió al procurador Durandin. Algunos minutos despues llegó el Duque acompañado de un agente de negocios.

Todos tres fueron introducidos en el salon ducal, donde permanecia solo M. Williams.

Toby Grant les hizo sentar al mismo lado de la mesa.

El Duque y Durandin cambiaron un saludo.

—Me será permitido preguntar, dijo M. de Compans señalando á VWestern, en qué concepto asiste el señor á nuestra en-

trevista?

Antes que VWestern tuviera tiempo de responder, Durandin tomó la palabra. Llevaba seguramente su lección bien aprendida.

—El señor es para mí una especie de colega, dijo el procurador.

Y añadió levantándose:

—Señor Duque, M. VWilliams... M. VWilliams, el señor Duque Compans-Maillepré.

El americano y el par de Francia se saludaron con frialdad.

Durandin tenía bajo el brazo una porción de papeles, entre los cuales se encontraba la Memoria de M. Villiams.

Colocó sus legajos sobre la mesa, y arreglólos metódicamente.

—Señor Duque, dijo el procurador, tendréis la bondad de dispensar la tardanza del Marqués... Podemos comenzar, aunque él no esté presente, porque ya sabeis que tengo amplios poderes...

El Duque hizo un gesto de afirmación.

—Aquí no debemos andarnos midiendo las espresiones, continuó Durandin. Parece indudable, señor Duque, que vos habeis sustraído á mi cliente cierta cartera robada en otro tiempo á un americano llamado VWestern.

El procurador guiñó el ojo mirando á M.

VWilliams. Este permaneció inmóvil y mudo.

—Eso es exacto, respondió M. de Compans; y qué mas?

Durandin tosió.

—Perfectamente! repuso luego; no necesito preguntar al señor Duque si se halla dispuesto á devolvernos los papeles contenidos en la susodicha cartera... Me limitaré á decir, que la sustraccion verificada por el señor Duque, hubiera podido causarnos un perjuicio irreparable, á no haber caido en nuestro poder otros documentos que pueden reparar la pérdida de aquellos...

Dirigió el Duque una mirada de curiosidad, pero en la que no habia nada de inquietud, á los papeles amontonados delante de Durandin.

—Fanfarronada de procurador, murmuró.

—Teneis la bondad de mostrarnos esos documentos? preguntó el agente de negocios.

—Ahora mismo, replicó Durandin, ahora mismo... Nosotros, señores, quiero decíroslo sin rodeos, nosotros contamos con mas de un recurso... En circunstancias tan extremas como esta en que nos ha colocado el señor Duque, ya podreis comprender que mi cliente no ha podido ocultarme un secreto... Ah! esto es magnífico!... A falta de los tribunales civi-

les, nos queda el recurso de entablar una causa criminal.

El agente de negocios hizo un movimiento de asombro. El Duque frunció ligeramente las cejas.

—Si no teneis mas armas que esas pobres amenazas... comenzó á decir este último.

—Sí tal, caballero, interrumpió Durandin; tenemos un arsenal completo... Desde luego, añadió levantando el enorme manuscrito de M. Williams, podeis ver aqui una Memoria, firmada por una alma del otro mundo, la cual contiene cosas curiosísimas... Os acordais de Jaime Western?

—Señor Durandin, replicó el Duque con severidad, tened la bondad de concretaros á la cuestion que aqui nos reúne!

—Ah! señor Duque, repuso el procurador en un tono de falsa amabilidad, no es culpa mia que la cuestion esté enlazada de vez en cuando con algun asesinatillo... Pero no hablemos ahora de ello, supuesto que este punto os molesta, segun parece... Gracias á Dios, tenemos de qué ocuparnos... Con vuestro permiso, voy á deciros cuatro palabras acerca de esta Memoria.

Durandin hojeó lentamente el voluminoso manuscrito, entre cuyas páginas habia co-lo-

cado algunos registros.

M. Williams le detuvo con la mano.

—Esperad, caballero, dijo este con una voz grave, esa Memoria interesa tambien á otras personas....

Se levantó M. Williams y dirigióse á una de las puertas del salon.

En la pieza inmediata habia una reunion bastante numerosa. Al entreabrir M. Williams aquella puerta, una rápida ojeada dirigida hácia alli, hubiera podido distinguir la franca y avispada fisonomía de Nazario, alias Dragon, el gracioso palmito de Linda y el rudo semblante de Juan Maria Biot.

Romeo, el escultor, estaba entre Gaston y Santa.

—Haced entrar á los hijos de mi hermana, dijo M. Williams, y á madama la Duquesa viuda su abuela.

M. de Compans levantó bruscamente la cabeza.

Durandin se quedó con la boca abierta mirando hácia aquella parte con aire de asombro.

En el primer momento, su sorpresa fue por lo menos tan grande como la del Duque.

Pero sus instrucciones eran precisas. Habia recibido orden de obrar, viniese lo que viniese. No tenia, pues, ni aun el derecho de

asombrarse.

Juan Maria Biot, entre tanto, con el sombrero en la mano, se habia adelantado hasta la puerta.

—Madama la Duquesa viuda de Maillepré! dijo el bretonen alta voz.

La anciana, erguida como siempre, apareció al umbral. Aquella solemnidad desnuda producía en ella una vaga sensacion de orgullo y de placer. Presentóse levantando la cabeza, aquella cabeza sin vida ya.

Western la tomó respetuosamente de la mano, y la condujo al primer sillón colocado al otro extremo de la mesa frente á frente del Duque de Compans.

La anciana se sentó sin doblar su cuerpo inflexible y dirigió alrededor una mirada de cadáver.

Durandin se sonreía. En las facciones del Duque habia una espresion de cólera y de espanto:

—El señor Marqués de Maillepré! anunció de nuevo Juan Maria Biot. La señorita de Kergaz! .. La señorita de Naye!...

Gaston, Carlota y Santa, vestidos de negro de pies á cabeza, se adelantaron hasta ocupar su lugar en los tres sillones desocupados que quedaban junto á Madama la Duquesa.

Al ver á Santa, el Duque se estremeció po-

niéndose pálido á través del colorete que ocultaba las arrugas de sus mejillas.

Volvióse un poco de lado para no encontrarse con la mirada de Gaston, que se habia fijado en él grave y altanera.

Este movimiento le hizo fijar los ojos en la anciana, cuyas pupilas vidriosas y casi sin vista se hallaban entonces clavadas en su semblante.

El Duque sintió algo que bullia en su interior; su corazon latió como angustiado... Inclínose hácia su agente de negocios y le dijo con una voz alterada, que él trataba de hacer burlona:

—Esto es una verdadera comedia!...

M. Williams se habia vuelto á colocar en su puesto. Un profundo silencio reinaba en el salon.

Gaston, sentado junto á la anciana, mostraba en su semblante una espresion de dignidad altiva. En su frente aparecia aquel sello de tristeza precoz que le era peculiar; pero se hubiera dicho que un esceso de vida y de vigor habia venido á enderezar su juventud doblegada por la desdicha, y á disipar en su semblante la palidez que le cubria de ordinario.

Carlota estaba muy triste. Ya no aparecía jovial, aturdida y risueña! Todo lo que la

rodeaba, la era indiferente. Por mas que amase á Gaston y á Santa, la pobre niña comprendia muy bien que la suerte de estos no era la suya, y que el drama que iba á representarse, tendria un desenlace para todos menos para ella.....

Santa estaba tímida y ruborosa. Sus bellos ojos se hallaban fijos en el suelo, y solo se elevaban alguna vez para deslizar una mirada hácia la puerta. Allí era donde habia dejado á Romeo... Pero la puerta estaba cerrada, y Juan Maria Biot, con su traje negro, estaba apoyado como un Hércules en las dos hojas juntas entre sí.

Durandin habia examinado á cada uno de los recién llegados con una atencion curiosa.

Se habia sonreido al ver á Carlota, pensando que Duchesnel podria verse obligado á hacer de nuevo la corte á su muger. Pero la sonrisa del procurador no era tan tranquila y dulce como de ordinario. Se hallaba muy lejos de comprender lo que sucedia á su alrededor.

Afortunadamente su sangre fria estaba curada de espanto. Algunos segundos de reflexion le llevaron á pensar que todo aquello era una táctica de su cliente, que querria recobrar al lado de los verdaderos Maillepré la posicion que le disputaba para en adelante el Du-

que de Compan's.

Para conseguir esto, se hacia preciso derribar al Duque, y elevar á toda aquella familia caida.

—Este caballero y estas señoras, dijo el procurador despues de un rato de silencio y dirijiéndose á M. VWilliams, componen sin duda la familia de Maillepré, de que se hace mencion en esta Memoria...

M. Williams hizo un signo de afirmacion.

—Está muy bien, repuso Durandín; mi posicion se va haciendo algo difícil, y la presencia del Marqués, mi cliente, podria descargarme en este momento de una grave responsabilidad... Pero sus órdenes han sido terminantes, y yo tengo que conformarme con ellas... Tened la bondad de escucharme, señor Duque, añadió en seguida volviéndose á este último. Jamás habrá reclamado vuestra atencion un asunto mas formal.

Abrió la Memoria y comenzó á hojearla.

—Señorita de Maillepré! dijo en este momento la anciana con su voz seca y sin inflexiones, haced el favor de decirme quiénes son estos hombres, y para qué les han introducido á mi presencia...

A estas palabras, que recordaban harto cruelmente la falta de la pobre Berta, Gaston contempló tristemente su vestido de luto.

y los ojos de Santa se llenaron de lágrimas...

El pensamiento de Carlota estaba muy lejos de allí...

La voz de la Duquesa produjo en el Duque, y hasta en el procurador mismo su efecto acostumbrado. Los dos oyeron con un frío estremecimiento aquel sonido que no parecía de este mundo...

—Abuela mia, respondió Gaston respetuosamente, esta reunion tiene por objeto aclarar nuestros derechos á la herencia del Duque Juan, vuestro esposo.

—Un pleito! murmuró la anciana, volviendo á su taciturna indiferencia. Maillepré gana siempre sus pleitos... Como que es primo nuestro el señor presidente del parlamento!...

Sucediose un instante de silencio, que rompió Durandin con su voz clara y sonora.

—Ese Duque Juan de quien acaba de hablar el señor, dijo, partió para América dos años antes del nacimiento del señor Duque de Compans-Maillepré que está presente..... Sin esta circunstancia, es muy probable que el señor Duque no hubiera tenido necesidad de añadir el nombre de Compans al de Maillepré.....

—Qué quereis decir? interrumpió el Duque.

—Seria asombroso, replicó Durandin sin desconcertarse, que M. de Compans hiciese esa pregunta de buena fé... porque me parece imposible que sus padres adoptivos no le hayan dicho que es hijode Berta de Dreux, Duquesa de Maillepré...

—Quién habla de Berta de Dreux? murmuró la anciana como si soñase.

—Caballero!... exclamaron á la vez Gaston y el Duque, vos aventurais una impostura!

Un procurador que tuviese la debilidad de conmovirse con los mentís que recibe á cada instante, no mereceria ser ni aun alguacil siquiera...

Ciertamente Durandin era incapaz de cometer semejante solecismo. Pero aunque hubiese querido contestar, no hubiera tenido tiempo para ello, porque M. Williams tomó al punto la palabra y dijo, dirijiéndose mas particularmente á Gaston:

—Esa es la verdad; yo salgo garante de ella.

Gaston se sonrojó y clavó los ojos en el suelo.

El Duque se hallaba dominado por una agitacion febril: tenia tambien los ojos fijos en el suelo, sin atreverse á mirar á aquella mu-

ger, colocada enfrente de él, y que era su madre...

—Es necesario que el señor Duque comprenda bien, continuó Durandin, que los nuevos adversarios que se le presentan no cambian nada el estado de la cuestión ajitada entre él y el señor Marqués, mi cliente.

—Páreceme sin embargo, repuso el Duque sin levantar los ojos, que esos adversarios los son tanto vuestros como míos.

—Tal vez, replicó Durandin con tono ligero; en todo caso, á mí no me toca defender su causa, que no dejará de tener sus abogados. Al decir esto hizo una cortesía á M. Williams. Me limito, pues, á apoyarme en los argumentos que ellos me presentan... Señor Duque, estamos á 28 de noviembre y aun tenemos tiempo hasta mañana por la noche para interrumpir la prórroga fijada por la ley... Creedme, esta Memoria vale tanto como los papeles contenidos en la cartera... Está firmada con el nombre de Jaime Western.

—Antigüilla es entonces fatal Memoria! dijo el agente del Duque.

—Data de ocho días, respondió Durandin.

El Duque levantó la cabeza.

—Eso es imposible! murmuró. Hace siete años...

—Señor Duque, interrumpió Durandin, esas tres palabras que acabais de pronunciar serian de un efecto eminentemente dramático en el tribunal del crimen... Ah! hace siete años!... es muy cierto... pero, hé aqui una cosa diabólica...

A los siete años, los muertos
brotan de sus sepulturas!

Jaime Western aparece de nuevo y refiere á su modo vuestra persecucion en el jardin del Palais-Royal... la solicitud que empleásteis en embriagarle una hora antes del asesinato... y otras cosillas ademas.

El Duque luchaba enérgicamente con su turbacion. Habia logrado tomar una espresion desdeñosa y fria.

—En vano os empeñais en asustarme, señor mio, dijo este último.

—En ese caso, sois muy valeroso, replicó Durandin.

—Si viviera ese VWestern, repuso el Duque, habria esperado siete años?...

M. VWilliams se levantó.

—No perdamos un tiempo precioso en discutir sobre ese punto, pronunció con su voz severa y tranquila. VWestern vive y ha esperado siete años... Yo soy VWestern.

El Duque se estremeció en su sillón y miróle atentamente: toda su alma estaba en los ojos.

El agente de negocios que, hasta este momento, se habia limitado a escuchar, tomó su libro de apuntes, y escribió una nota con el aire triunfante de un abogado que acaba de sorprender un sofisma.

—Hé aquí la situación de las cosas, continuó Durandin; dejando aparte al Marqués de Maillepré, mi cliente, cuyos derechos me reservo, y cuya conducta debo suponer trazada de antemano... el señor Duque se encuentra enfrente de los herederos del Duque Juan de Maillepré que se presentan á reclamar su patrimonio... Tocante á su familia, el señor Duque tiene algunos pecadillos sobre su conciencia... Para no citar mas que uno solo, diré, que estos herederos se acuerdan aun de su padre arrojado, puesto en medio de la calle una hora antes de su muerte.

Gaston volvió la cabeza estremeciéndose. Santa y Carlota bajaron los ojos. Biot, colocado aun junto á la puerta, apretó los puños ajitando sus largos cabellos.

—Dejando tambien aparte á estos herederos, continuó el procurador, aquí teneis un testigo formidable que así en presencia de la justicia civil como en presencia del tribunal

del crimen, os hará trizas sin duda, señor Duque!

Compans se esforzó á sonreirse desdeñosamente.

—Un testigo aislado en causas de esta especie, dijo el agente de negocios, es como si no existiese.

Durandin dió un golpecito en su grueso legajo.

—Otro punto! exclamó, el Duque Juan no ha muerto.

Tomaron los ojos de Compans una franca espresion de incredulidad.

—Juan Maria, dijo M. Williams, dad órden de que introduzcan al Duque Juan III de Maillepré!

Biot salió.

Un profundo silencio reinó entonces en el salon ducal.

Los tres hijos de Maillepré esperaban graves y tranquilos.

M. Williams continuó inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho, y en esa actitud enhiesta que le daba la inflexibilidad de su cuello, á consecuencia de la herida.

Tenia el semblante de Durandin una espresion de curiosidad registrada: el buen procurador daba vueltas á sus pulgares mirando

á hurtadillas al Duque de Compans.

Este tenia las cejas arrugadas. Acababa de dirigir una pregunta á su agente de negocios que habia tratado de tranquilizarle; pero en el semblante del Duque, á pesar de todos sus esfuerzos, se pintaba un embarazo violento y una ansiedad creciente... Sus ojos estaban fijos con avidez en la puerta que habia dado salida á Biot.

Madama la Duquesa viuda parecia completamente estraña á aquella escena. Sus ojos turbios miraban el vacío, sus labios descoloridos se estremecian sin pronunciar una palabra.

En este instante todo parecia como muerto en el salon. Los concurrentes estaban tan inmóviles y mudos como los severos retratos que se estendian alrededor.

Por el contrario: se hubiera dicho que la vida habia cambiado de lugar: las oscilaciones de la luz daban á los muertos lienzos misteriosas emociones.

Parecia que aquellos rostros severos expresaban un pensamiento, y que las voces reunidas de todos aquellos grandes señores iban á tronar amenazantes en favor del último vástago de su raza.

Biot tardaba en volver.

—Señorita de Maillepré! dijo la anciana,

cuya voz resonó seca y cascada entre aquel silencio profundo, los rayos del sol me hieren la vista... conducidme á la sombra.

La Duquesa se habia colocado la mano delante de los ojos, heridos de lleno por la luz clara y blanquecina de los quinqués.

Santa y Gaston se levantaron, y haciendo rodar suavemente el sillón de su abuela, le condujeron hasta el extremo del salón, que se hallaba mas lejos de los quinqués.

El sillón de la Duquesa quedó colocado junto un alfeizar cubierto con sus cortinas.

A su derecha habia una puerta, que venia á quedar enfrente de la otra en que habia estado poco antes Biot de centinela.

Por cima de ella, y débilmente alumbrado por el resplandor ligero de los quinqués, pendia el cuadro en que se hallaban los retratos de Berta de Dreux, y del Duque Juan de Maillepré.

Gaston y Santa habian vuelto á ocupar sus sillones.

Biot apareció en aquel momento.

—El señor Duque se ha escapado de su habitacion, dijo Juan Maria.

Al mismo tiempo se oyeron en el jardín y en los patios indiferentes voces que gritaban:

—Oguah, Oguah!

M. VWilliams abrió una ventana.

Los demás le imitaron, porque los gritos se redoblaban, y se veían algunas antorchas recorriendo el jardín.

Durante algunos segundos todos los concurrentes permanecieron asomados á las ventanas, quedando desierto el interior del salón.

La puerta que estaba á mano derecha de la anciana se entreabrió, pero tan suavemente, que el oído mas delicado no hubiera podido percibir el rumor.

Nadie apareció á la altura que suele ocupar de ordinario la cabeza de una criatura humana; pero presentóse al nivel del suelo un rostro rogizo de piel arrugada y ojos inmóviles, una cabeza enteramente rasa, sobre la cual se elevaba un mechón de cabellos blancos. Esta cabeza se introdujo insensiblemente por entre las dos hojas entreabiertas, y poco á poco penetró el cuerpo gigantesco de Oguah, que se adelantó á rastras por el salón.

IX.

El collar encarnado.

Deslizóse, pues, Oguah por entre las dos hojas sin producir el menor ruido, y comenzó á caminar á rastras apoyándose en sus rodillas y sus manos.

Cuando hubo introducido sus piernas en el salon, se detuvo, volvió la cabeza atrás, con la inquieta vivacidad de una fiera salvaje, y empujó la puerta con el pié.

En el patio y en el jardin seguian gritando:

—Oguah! Oguah!

El gran gefe dejó ver una sonrisa silenciosa; y era cosa estraña el encontrar en aquel

rostro casi centenario la malicia juguetona de la infancia... Miró en torno de sí con aire de curiosidad. A la vista de las personas reunidas en las ventanas, y que le volvian las espaldas, su boca se abrió como para pronunciar una exclamacion de sorpresa, pero no salió de sus labios ningun sonido.

Púsose luego de rodillas. De su cuello, y atada con un cordon trenzado con la paja de su lecho, colgaba una medallita que descendia hasta su pecho.

Hubiérase dicho que era una miniatura arrancada del cerco que la habia servido de marco.

Oguah se hallaba á tres pasos de madama la Duquesa viuda, sentada como ya hemos dicho junto á las cortinas del último alfeizar del salon, ó el mas lejano de las luces. Solo llegaba á aquel sitio una confusa claridad.

La anciana no habia visto á Oguah, y continuaba con sus ojos muertos fijos en el vacío.

Por la parte de afuera se oía ruido y agitacion; el resplandor de las antorchas brillaba entre los árboles del jardin, y de vez encuando los dos servidores de M. Williams pronunciaban el nombre de Oguah.

Cada vez que oía este nombre, el gran gefe mostraba esa sonrisa silenciosa de que ya

hemos hablado.

Al dar la vuelta á la habitacion, su mirada se fijó en el lienzo que contenia los retratos del Duque Juan, y de la Duquesa Berta, su propio retrato y el de su muger. En sus ojos brilló una especie de rayo de razon, y se hubiera podido leer en ellos un recuerdo vago...

Esto fué solo cosa de un momento. Al proseguir su marcha circular, su mirada se fijó en el rostro inmóvil y deslucido de la anciana.

Sus párpados se agitaron estremecidos, y un velo sombrío empañó de nuevo sus ojos... Volvió á colocar sus manos sobre la alfombra, y arrastróse á lo largo de la pared hasta los pies de la anciana, que no podia distinguirle.

Detúvose entonces nuevamente. Sus pupilas, animadas por una curiosidad infantil, recorrieron desde los pliegues del vestido de la Duquesa, hasta su talle derecho y erguido; despues, ascendiendo siempre, su mirada llegó hasta fijarse en las facciones desfiguradas de la anciana.

Colocó Oguah su mano sobre el corazon, al mismo tiempo que las arrugas de su frente se cruzaban, y aparecia en sus ojos una expresion fujitiva de afanosa angustia...

Su contemplacion duró algunos segundos.

Despues pareció como si comparase aquellas facciones destruidas con los rasgos juveniles y brillantes que sobrevivian en el lienzo colocado por cima de la anciana.

Alli estaban en contraste los encantos seductores de la florida juventud, y los restos odiosos de la vejez. Alli estaba la hermosura deslumbrante á par de un despojo triste, desfigurado por la carrera del tiempo!... Existia tal vez aun alguna relacion misteriosa entre aquellos dos semblantes, ó es que la encontraba el gran gefe á través del prisma engañador de su locura?... Una emocion inesplicable se pintaba en sus facciones...

Durandin y el agente de negocios del Duque de Compans, fueron los primeros que abandonaron la ventana. Los demas siguieron su ejemplo, y cada uno recobró su puesto al lado de la mesa.

M. VWilliams, despues de dar orden para que se guardasen todas las salidas de la casa, fué á sentarse tambien junto á Durandin.

Oguah se habia echado boca abajo sobre la alfombra al movimiento que habian hecho los concurrentes para volver á ocupar sus sillas. Sus ojos contemplaban á cada uno de ellos con una timidez salvage.

Nadie le habia visto. Cuando todos hubieron recobrado su puesto, el gran gefe se arrastró silenciosamente, y desapareció detrás de las cortinas del alfeizar.

Un instante despues, hubiera podido verse su rostro rojizo como incrustado entre las dos cortinas, precisamente sobre el respaldo del sillón de la anciana.

—Poco tengo que añadir á lo que llevo dicho, comenzó nuevamente Durandin, y poco me importa, á la verdad, que ese anciano sea ó no el Duque Juan de Maillepré, abuelo del señor Marqués... Lo principal del asunto, es que mañana muy temprano presentaré yo en la secretaría del Consejo Real esta Memoria, haciendo lo que convenga para interrumpir la prórroga... Á menos de que el señor Duque de Compans no juzge á propósito una transacion, en cuyo caso, espero sus condiciones.

—Yo por mi parte, no transigiré jamás, dijo M. VVilliams.

Gaston le dió gracias con una mirada, y añadió:

—Entre ese hombre y nosotros no hay ninguna transacion posible!

—Permitidme! replicó Durandin haciendo una reverencia á Gaston y á M. VVilliams. Os haré observar que yo no estoy encargado de

hablar por vosotros, caballeros... yo solo represento en este sitio á mi cliente el señor Marqués de Maillepré, y aguardo la respuesta del Duque.

Miró este á su agente de negocios que estaba como distraído. El conocimiento perfecto que tenia de su posicion le mostraba á sus adversarios como muy temibles. Pero, por otra parte, aparecia sin embargo, impasible y amenazante.

Aquella demanda, presentada ante un tribunal, podia sin duda dejarle vencedor, pero él comprendia bien que hasta en su triunfo estaba espuesto á quedar muy mal parado. Existian contra él acusaciones terribles que podian probarse á medias..... El no temia tanto á los tribunales como al mundo.

Se hallaba dudoso. Aquel era para él un instante de desaliento y de terror. Aquel asesinato que se le iba á arrojar al rostro, le llenaba de pavor.

—Qué pensais vos acerca de esto? preguntó el Duque á su consejero.

Este era un hombre de cincuenta años, de semblante seco, arrugado y encojido.

A la interpelacion del Duque, levantó sus anteojos, y consultó sus apuntaciones.

—Los supuestos herederos de Maillepré, dijo, se niegan á una transacion; hacen bien...

En cuanto al Marqués, la desea, según parece; este, por el contrario, hace mal... Esa memoria no contiene mas que vagas suposiciones á través de las cuales no se trasluce ni la sombra de una prueba; la acusacion de asesinato presentado á la ventura, es el signo mas claro de la escasez de recursos que aqueja á nuestros adversarios... Por otra parte, el muerto se encuentra sano y bueno, según parece... En cuanto á ese pretendido Juan de Maillepré, que tendria ahora cerca de cien años si viviese, poco importa que aparezca ó que se le esconda, como ha dicho mi cólega... Lo que interesa aqui son hechos; lo que interesa son pruebas... En dónde están vuestras pruebas?

Antes que Durandin pudiera responder, el Duque tomó la palabra, y dirigiéndose á M. Williams.

—Caballero, dijo con un acento de dignidad tranquila, y perfectamente representada, yo poseo una inmensa fortuna que me ha venido por linea colateral... me voy haciendo viejo, y no tengo hijos... En otro tiempo, he tratado con todo el rigor que me conceden mis derechos á ciertas personas que tomaban el nombre de mi familia, y á quienes yo creía unos impostores... Despues he mudado de parecer, y he acojido con una facilidad harto

grande á un supuesto Maillepré, que habia logrado engañarme con hábiles mentiras.

El Duque se detuvo y miró á Durandin con aire severo.

—Hablo de vuestro cliente, señor mio, dijo.

—Paciencia, murmuró Durandin: á mi cliente toca responderos.

—A pesar del disgusto que me causa mi primer error, continuó el Duque, hay en mi corazon una voz de justicia que me aconseja no desamparar á esos huerfanitos que piden los bienes de su padre... Quiero mejor engañarme de nuevo que dejar en el infortunio á unas personas que acaso serán Maillepré... Renuncio al derecho de examinar las pruebas alegadas... hablad, caballero... fijad vos mismo la parte de mis bienes de que debo despojarme: estoy dispuesto á hacer todavia ese sacrificio!

La voz del Duque vibraba enternecida; en su semblante aderezado habia una falsa expresion de dulzura.

Su agente de negocios le miró asombrado.

Durandin infló los carrillos. La sorpresa habia paralizado sus pulgares que cesaron de dar vueltas...

M. VWilliams vaciló... Hubo un momento de silencio.

Durante este silencio, el rostro rojizo del

gran gese apareció entre las dos cortinas. Tenia en la mano la medalla que pendia del cordón de paja atado alrededor de su cuello. Sus ojos se paseaban desde este medallon á los encages del adorno de la anciana que seguia sentada, inmóvil debajo de él.

Una violenta agitacion se pintaba en las facciones de Oguah, cuyas arrugas se chocaban y confundian en un continuo estremecimiento. Sus cejas estaban confundidas; en sus labios se agitaba una sonrisa cruel y furiosa. La demencia, reflejada en sus ojos encarnizados, se presentaba amenazante....

Durandin se levantó y aproximóse á M. VWilliams.

—Todos esos papelotes, le dijo al oído, no valen para poder sacar un escudo á nadie... Pedid millones... y si os ofrecen cincuenta mil francos, creedme, debeis aceptar!

M. VWilliams se volvió á Gaston é interrogóle con los ojos.

Gaston conservaba toda la orgullosa altanería de su semblante.

—Sobrino, dijo M. VWilliams, yo no puedo tomar sobre mí la responsabilidad de rehusar esta oferta... A vos os toca hablar.

—Yo la rehuso, dijo Gaston.

Y como si hubiese querido prevenir cualquier tentativa ulterior respecto de Carlota y

de Santa, añadió en seguida:

—Rehuso por mí y por mis hermanas.

Santa con su voz dulce, y Carlota distraída mas bien que resignada, repitieron, dóciles á una seña de su hermano:

—Rehusamos!

En vez de recobrar Durandin su asiento, se paseaba á lo largo del salon por delante de la puerta de entrada. Conocia que su papel estaba terminado.

El agente del Duque, aprovechando aquella circunstancia, hizo rodar suavemente su sillón y tomó, bajo la memoria, los papeles que componian el mamotreto de Durandin.

—Reflexionadlo bien! continuó el Duque, despreciais una ocasion que la Providencia no ofrece dos veces en la vida... Qué exigís, pues? mi fortuna... yo os doy la mitad de ella desde ahora... y os declaro mis herederos.

—Ya sabeis, caballero, replicó Gaston con tono lento y frio, que nada puede haber de comun entre nosotros!

—Eso es otra cosa, exclamó en aquel momento el agente de M. de Compans, empujando con un gesto desdeñoso el mamotreto de Durandin. Vuestra dignidad, señor Duque, no os permite repetir una proposicion dos veces desechada... Estos papeles tendrian algun valor si estuviesen completos... pero fal-

ta justamente entre ellos, ademas de otros muchos, la partida de nacimiento del hijo¹ de Juan de Maillepré, y nada hay que tenga relacion con el mismo Duque Juan... Por consiguiente, no es posible un pleito sobre este particular.

M. de Compans se levantó.

—Habrà, sin embargo, un pleito, dijo Jaime VWestern, y veremos lo que es la justicia en Francia!...

—Bah! murmuró el agente de negocios en el tono de un hombre que conoce profundamente la justicia.

El Duque le dijo rápidamente algunas palabras al oido.

—Ni un céntimo! señor Duque, respondió el agente de negocios, no ofrezcais ni aun la centésima parte de un céntimo!... Desde ahora, yo respondo de todo!

Tomó el Duque un aire de dignidad herida. Se hallaba, en aquel momento, seguro de su victoria, y se congratulaba en sus adentros de ver rehusados sus imprudentes ofrecimientos.

—Vista la manera con que han sido recibidas mis ofertas, dijo, y despues de las amenazas que acaban de hacérseme, mi presencia en este lugar es ciertamente importuna... me retiro... cuando tengais á bien co-

menzar el ataque, no vacileis... yo me hallaré también dispuesto á la defensa.

El Duque se dirigió á la puerta. Durandin se echó á un lado para dejarle paso.

—Esto es lo que se llama hacer buen juego, murmuró el procurador. Para qué diablos me ha hecho el Marqués venir aquí?.....

La puerta, que se abrió antes que el Duque de Compas hubiese tocado el picaporte, habria podido servir de respuesta á la pregunta del procurador.

Madama la Baronesa de Roye, vestida de negro, y adornada con un gorro, cuyo velo cubria su semblante, apareció al umbral.

—Señor Duque, dijo ella con voz lenta y triste, os apresurais demasiado á levantar la sesion... Yo, por mi parte, debo ser oido también... Tened la bondad de ocupar vuestro asiento.

El Duque, al ver á Cármen, habia frunciendo desde luego sus cejas con aire de furor. Luego se habia puesto pálido, y al querer responder, las palabras se habian ahogado en su garganta...

Acababa de reconocer en la mano de Cármen la cartera encarnada que él suponía bajo

tres llaves en lo mas profundo de su escritorio.

Tambien Durandin habia reconocido la cartera.

El procurador se frotó las manos con entusiasmo.

—Bueno, bueno, bueno! repitió tres veces; compañeros, volved á calar vuestros anteojos, nos vamos á reir magníficamente.

La puerta de la habitacion inmediata, por donde habia entrado la Baronesa, continuaba de par en par.

Cerca del umbral se veia á Romeo que se esforzaba á adivinar lo que alli habia pasado, y contemplaba la escena con un interés de amante; veíase tambien el franco y bondadoso semblante de Nazario, y los ojillos avispados de Linda que miraba con la mayor curiosidad por entre el escultor y su novio.

—Ya se os antoje vestir de muger ó vestir de hombre, dijo el Duque á Cármén, vuestra presencia aqui, señor mio, no puede cambiar el estado de las cosas... Quiero salir.

—Yo quiero que os quedeis, dijo Cármén.

El Duque permaneció un instante indeciso; despues volvióse atrás con visible repugnancia, y ocupó nuevamente su lugar.

Durandin estaba ya en el suyo.

Las dos niñas y M. Villiamis miraban sin

comprender nada de lo que allí sucedía.

Gaston estaba vacilante y confuso. La voz de la Baronesa le habia conmovido hasta el fondo del alma. Sus ojos querian penetrar el velo que ocultaba aun el rostro de Cármen.

Esta se adelantó hasta llegar junto á la mesa y levantóse el velo.

Gaston exaló un grito de alegría.

Los ojos de VWestern se abrieron descajados y sus manos temblaron estremecidas.

Una emoción violenta agitaba también á Cármen, que estaba muy pálida y parecia próxima á desfallecer.

Su brillante hermosura en aquel momento supremo tenia una espresion de grandeza casi sobrehumana.

Cármen aparecia como purificada en medio de su tristeza, y en torno de su frente resplandecia una aureola de dolor resignado.

—Jaime VWestern, dijo ella, me reconocéis?

VWestern volvió la cabeza á otro lado y murmuró:

—Sí... creo reconocerlos!

—Yo bendigo á Dios, repuso Cármen, que conserva vuestra vida, y que puso su mano entre vos y mi crimen... Miradme, Jaime

VWestern... mi corazon ha cambiado mucho..... Os devuelvo lo que os habia robado.

Escuchaba Gaston sin respirar, y sentia frio hasta en el fondo de su corazon.

El Duque tenia en la frente dos gotas de sudor helado. Para él, aquello era la mendicidad despues de sesenta años de opulencia.

Entretanto, VWestern habia tomado la cartera, y como si dudase en creer á sus propios ojos, no se apresuraba á regocijarse demasiado.

Durandin, estupefacto, dejó caer sus brazos desfallecidos.

Adelantóse Cármen lentamente hácia Gaston.

Carlota y Santa miraban con asombro á aquella muger de milagrosa hermosura, que debia sufrir terriblemente, á juzgar por la expresion de su semblante, y á quien ellas no conocian.

—Gaston, dijo Cármen, señalando con el dedo la cartera que VWestern iba á abrir en aquel momento, ahí están el nombre y los bienes de vuestro padre, que yo habia prometido devolveros... La Baronesa de Roye y el falso Marqués de Maillepré, no componen mas que un solo culpable... Ese culpable soy

yo... Gaston, no nos volveremos á ver jamás!.....

Gaston tenia los ojos fijos en el suelo; su corazon latia fuertemente. Una lágrima asomaba al borde de sus ojos.

En aquel momento, oyóse un ligero ruido hácia la puerta de la sala donde se hallaba el sillón de la Duquesa viuda.

Santa y Carlota miraron.

Madama la Duquesa permanecia en el mismo lugar, derecha y erguida: ninguna mudanza se advertia en su persona. Pero Santa y Carlota creyeron notar, sin embargo, alrededor de su garganta un collar encarnado que se destacaba sobre el fondo blanco de los encajes...

No tuvieron tiempo las dos niñas de fijar su atencion en esta circunstancia, porque en aquel instante resonó la voz conmovida de M. VWilliams, el cual dijo:

—Gracias, muger; yote perdono con todo mi corazon, y te doy gracias!

Luego añadió rompiendo su flemma habitual y juntando sus manos con fervor:

—Hijos, demos gracias á Dios!... El objeto de toda mi vida se ha cumplido, y mi taita está reparada... Gaston, os hallais en vues-

tro palacio, y podeis usar el nombre de vuestros abuelos.

A estas palabras, pronunciadas con voz fuerte y sonora, respondió un grito de júbilo en la habitacion inmediata.

Un hombre, empujando violentamente á Romeo y Nazario, que comenzaban á adivinar y aplaudian con entusiasmo, precipitóse en el salon y fué á caer á los pies del heredero de Maillepré.

Era Juan Maria Biot, que estaba loco de felicidad. El noble portero tomó las manos de Gaston y Santa, y colocólas ambas junto á su corazon.

—Hijos de mi alma!... señores míos!... balbuceaba Biot riendo y llorando.

Hasta el buen Nazario tenia los ojos humedecidos.

—Hé aqui un viejo á quien yo quiero de veras! murmuró Dragon mirando á Juan Maria, los ama al menos, los ama!... Vamos, Descolorido! abraza, como es justo, á ese buen viejo!...

Linda enjugaba sus bellos ojos lo mejor que podia.

Romeo sentia en su corazon un júbilo inmenso, y no poca tristeza á la vez, porque Santa era demasiado rica en adelante...

Cuando la mirada húmeda de la cariñosa

joven, fué á encontrarse con la suya, el esultor bajó involuntariamente los ojos. Y en tanto que Nazario y Linda se adelantaban por la habitacion, él se quedó solo, inmóvil junto á la puerta.

Durandin se aproximó á M. VWilliams, y le alargó la mano.

—Como podeis suponerlo muy bien, le dijo en voz baja, yo sabia perfectamente el fin que iba á tener todo esto... yo estaba en el secreto... y espero que continuaré siendo el procurador de la casa.

Gaston, triste en medio de su alegría, buscaba por todos lados á Cármen; pero Cármen habia desaparecido...

El Duque de Compans permanecia inmóvil en el mismo lugar, con la cabeza inclinada y el cuerpo encorbado hácia adelante, como si un rayo le hubiera herido de repente. Levantóse, al fin, vacilante, y dirigióse hácia la puerta.

Sabia muy bien lo que encerraba la cartera, para conservar una sombra de esperanza ante los verdaderos Maillepré que aparecian de improviso.

Nadie pensó en detenerle.

Al llegar al dintel, volvióse para hablar, pero faltóle la voz, y desapareció.

—Hé aqui un resorte de menos en la má-

quina de Duchesnel, pensó Durandin. Si él supiese que ha echado de su casa, y en fiacre, ciento cincuenta mil libras de renta!...

Los Maillepré se hallaban solos en el salón ducal, ó al menos ya no habia mas que amigos á su alrededor.

Gaston distinguió á Romeo, que se apoyaba como ensimismado en las hojas de la puerta, y dirigióse corriendo hácia él.

—Venid, hermano mio, le dijo.

Arrastróle al salón, y puso entresus manos las de Santa.

—Bravo, Descolorido! exclamó Dragon.

Biot miraba todo esto murmurando palabras de gratitud dirigidas al cielo. Entre todos aquellos seres felices, era el mas feliz sin duda alguna.

Su corazon se inundaba de gozo al ver radiantes de ventura las frentes de aquellos niños á quienes él llamaba sus señores.

Reinaba en el salón una alegría general, aunque silenciosa.

Cada uno se recogia dentro de sí mismo, y el placer común se comunicaba recíprocamente por medio de mudas miradas.

Se oyó de repente en medio de aquel silencio un ruido confuso y casi imperceptible al principio.

Era una especie de canto sordo y gutural que resonaba sin duda en la misma habitacion, pero nadie sabia hácia qué lado.

Todas las miradas giraron al rededor. Nada distinguieron.

El canto resonaba cada vez mas distinto, haciendo llegar á los oidos de todos sus notas lentas y monótonas.

Al cabo de un segundo, ya pudo reconocerse su procedencia, y todas las miradas se dirigieron entonces hácia la parte del salon en que se hallaba madama la Duquesa viuda de Maillepré.

Continuaba esta inmóvil y erguida en su sillón, y se veia aun alrededor de su garganta aquel collar encarnado que habia producido tanto asombro en Carlota y Santa.

Las dos jóvenes se levantaron á la vez para acercarse á su abuela. Al primer paso que ellas dieron hácia adelante, el canto cesó de improviso.

Santa, que llegó la primera, dirigió la palabra á madama la Duquesa,

Madama la Duquesa nada respondió.

Quiso ver entonces Carlota en qué consistia aquel collar encarnado que rodeaba la garganta de su abuela.

Alargó su mano, y retrocedió al punto vacilante exalando un grito de horror.

Todos corrieron hacia ella: aproximáronse los quinqués.

Cuando la luz iluminó aquel pretendido collar, viéronse dos manos encarnadas y rugosas que se apretaban rudamente en torno de la garganta de la anciana Duquesa.

—Oguah!! exclamó VWestern espantado.

Al nombre de Oguah, solo respondió una carcajada gutural detrás de las cortinas, y las dos manos se retiraron lentamente.

La anciana, que ya no se hallaba sostenida, cayó como una masa inerte.

Hacia ya mucho tiempo que estaba muerta.

VWestern descorrió bruscamente las cortinas.

Detrás de ellas, apareció Oguah de pié, inmóvil, enderezado á toda la altura de su talla.

Su semblante sangriento tenia una espresion terrible de venganza satisfecha.

La medalla, atada con el cordon de paja, estaba aun pendiente de su cuello. Era el retrato de M. el caballero Ryonne.

Mientras que todos le miraban llenos de asombro, él señaló el cadáver de la Duquesa con gesto enfático, y dijo:

—Un Cherokose venga... Oguahes un gran gefe!...

Tendióse luego sobre la alfombra, y volvió á comenzar su canto.

FIN DE LA NOVELA.

10.000
7. tone 3 volt

- AN
- 2U1
- 01